

LOS NACIONALISTAS VASCOS DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939): UNA CULTURA DE GUERRA DIFERENTE

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela

La Guerra Civil española también fue un conflicto entre nacionalismos. Entre dos versiones contrapuestas y antitéticas de la nación española, pero igualmente entre nacionalismos de referente territorial distinto. No sólo se trataba de que los insurgentes enarbolaran entre sus principios el rechazo a las autonomías y a los nacionalismos subestatales. Las rivalidades políticas y las disputas institucionales entre los diversos núcleos de poder que surgieron en la zona republicana tras la consolidación de la división de España a fines de julio de 1936 poseyeron igualmente un importante componente territorial, tanto o más importante que el social. Y si en el bando republicano el nacionalismo fue utilizado como un poderoso lema movilizador, en nombre de la vindicación de una nación identificada con el pueblo y la República que respondía a una *invasión* extranjera, ese discurso también se enfrentó a la pluralidad de identidades nacionales que coexistían entre quienes combatían al fascismo.

Los nacionalistas vascos y catalanes —los gallegos vieron caer todo su territorio en manos rebeldes durante los primeros días del conflicto— reivindicaron desde un principio la preservación y ampliación de sus esferas de poder autónomo, que en virtud de las excepcionales circunstancias de guerra podían equivaler a una independencia en la práctica, y aspiraron igualmente a dirigir las operaciones bélicas y el conjunto del esfuerzo de guerra, en todos los ámbitos, dentro de sus territorios y parcelas de poder institucional. La situación de provisionalidad creada por el contexto bélico fue contemplada como una nueva oportunidad, un retorno a la situación política de abril de 1931, cuando los catalanistas esperaban que la futura República fuese confederal o federal, y los nacionalistas vascos

también aguardaban poder consolidar un pacto bilateral con el Estado central. La República se hallaría ante un nuevo momento (re)fundacional por la vía de los hechos. Por lo tanto, el esfuerzo común para derrotar el fascismo fue interpretado como una nueva prueba. Una suerte de forja por las armas de un renovado *pacto* de naturaleza (con)federal, que debería ser suscrito por todas las nacionalidades ibéricas de forma libre y voluntaria.¹

Para los nacionalistas vascos, catalanes y gallegos, la victoria de los insurgentes sólo podía significar cualquier cosa menos lo que para ellos era estratégicamente primordial: la preservación y ampliación de las cotas de autogobierno alcanzadas durante el período republicano en forma de Estatutos de autonomía, consolidadas en el caso catalán, y en proceso de ser puestas en funcionamiento tras la preceptiva aprobación en referéndum de sus cuerpos electorales respectivos. Este último era el caso de Euskadi (donde el plebiscito autonómico había tenido lugar ya el 5 de noviembre de 1933) y de Galicia (donde el proyecto de Estatuto había sido aprobado en referéndum el 28 de junio del mismo año 1936). No obstante, algunos sectores católicos y conservadores de los nacionalismos periféricos, particularmente en los casos catalán y gallego, optaron por el bando insurgente. Para ellos la derecha española no era un aliado cómodo. Pero era preferible a la izquierda revolucionaria y al *ateísmo* que atentaba contra su visión confesional del mundo.

Por otro lado, desde los primeros momentos de la guerra también surgió la tendencia, por parte de algunos sectores minoritarios, pero también entre sectores y líderes significativos de los propios partidos nacionalistas aliados al Frente Popular, de presentar la nueva guerra desde un ángulo más reduccionista y afín a la propia cosmovisión excluyente del patriotismo. Desde esa perspectiva, se trataría de una guerra extranjera, española (o castellana) cuyos efectos habían sido *trasplantados* a las nacionalidades periféricas. La Guerra Civil se convertía así en una guerra de invasión, pero de *España* frente a la periferia. Y el fallido golpe de Estado fue considerado como una nueva agresión más de la intransigencia española frente a los anhelos de libertad de los nacionalismos sin Estado. Por lo tanto, el verano de 1936 ofrecía una suerte de «gran oportunidad» que podría ser explotada pragmáticamente para alcanzar una suerte de estatus semiindependiente, cuando no la independencia absoluta.

¹ Cf. para más detalles X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española 1936-1939*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 329-355.

1. Una difícil decisión: verano de 1936

En julio de 1936, los nacionalistas periféricos tuvieron que escoger entre tres variables: patria, clase o posición social, y religión. Así sucedió de modo paradigmático en el caso del catalanismo conservador. Pero éste fue un dilema que sufrieron igualmente en carne propia numerosos catalanistas fieles a la República y a la Generalitat, como fue el caso de la democristiana *Unió Democràtica de Catalunya*, y aun muchos militantes de la *Esquerra Republicana de Catalunya* (ERC), que sintieron desde los primeros días del conflicto temor e incertidumbre frente al dominio en la calle de los anarcosindicalistas, la profusión de asesinatos políticos y religiosos por parte de las milicias obreras y la posibilidad de una revolución social. El terror *rojo* fue para muchos catalanistas más decisivo que su desconfianza en los designios asimilistas y autoritarios del españolismo franquista, cuya profunda naturaleza represiva era todavía ignorada. Algo semejante podría afirmarse respecto de los escasos nacionalistas gallegos que se habían escindido en 1935 del mayoritario Partido Galeguista, orientado hacia una alianza estratégica con el Frente Popular para conseguir impulsar el proceso autonómico, y que habían constituido una minoritaria *Dereita Galeguista*.

Los conspiradores del golpe de Estado de julio de 1936 también intentaron atraer al PNV a sus filas. Estimaban que el catolicismo de los nacionalistas vascos podía ser argumento suficiente, al menos para garantizar la neutralidad del partido ante el golpe. De hecho, en Guipúzcoa algunos dirigentes del PNV mantuvieron contactos con representantes de otros partidos derechistas, quienes se intentaron asegurar el concurso del nacionalismo vasco en el caso de que se produjese una sublevación comunista. De esas reuniones, según el testimonio en 1940 del miembro del *Bizkai Buru Batzar* Lucio de Artetxe, los nacionalistas se apartaron al comprobar que allí se tramaba algo más y que se pretendía imponerles el compromiso de asumir la dirección de un militar.² Ya en los Sanfermines de Pamplona de comienzos de julio de 1936 algunos agentes carlistas intentaron reclutar jóvenes nacionalistas para el próximo alzamiento, con la promesa de que frente a la República que no acababa de aprobar el Estatuto vasco los carlistas lucharían por los Fueros.³ Y el general Mola no cejó en su intento de conseguir al menos la neutralidad armada de los nacionalistas hasta fines

² L. de Artetxe y Arana, *Diario de un abertzale. Prisión Central de Burgos, 29-IX-1940*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1998, pp. 58-60.

³ Según recoge novelescamente M. Salegi, *Verano del 36. Memorias de un gudari*, Txalaparta, Tafalla, 2005, pp. 213-214.

de septiembre de 1936, ofreciendo a cambio la participación de representantes del PNV en las Diputaciones y el respeto y ampliación de los Fueros para Álava y Navarra.⁴

Cuando estalló el *alzamiento*, bastantes cuadros y militantes nacionalistas vascos de zonas de Álava y Navarra, donde los tradicionalistas ya gozaban de gran influencia sociopolítica con anterioridad al golpe de Estado, se unieron a los insurgentes. En esa decisión influyeron diversos factores: la desarticulación y carácter más minoritario de las organizaciones nacionalistas en esas provincias que en Vizcaya o Guipúzcoa; las buenas relaciones que muchos de ellos mantenían con los carlistas; el peso de la comunidad local en aquellas comarcas donde predominaban los requetés; la necesidad de salvar el pellejo ante el salvajismo de la represión desencadenada en la retaguardia... Aunque sólo un 0,8% de los fusilados por los insurgentes en Navarra fueron militantes nacionalistas —porcentaje bajo, si se compara con el 9,2% de votos nacionalistas en esa región en febrero de 1936—, no dejó de haber notables militantes del PNV entre los primeros asesinados por los rebeldes en Navarra.⁵ Tanto el PNV de Navarra como algunos dirigentes *jelkides* de Álava hicieron públicos manifiestos de adhesión más o menos pasiva a la sublevación. Y muchos militantes peneuvistas alaveses y navarros partieron hacia el frente en el verano de 1936 encuadrados en unidades de requetés, opción que a ellos —no así a la mayoría de los militantes de organizaciones obreras— sí pareció haberles estado abierta. Hubo casos de adhesión entusiasta, como el del exdiputado navarro del PNV Manuel Aranzadi y de sus hijos y hermano, o bien los también dirigentes navarros del partido Ramón Goñi y Miguel Javier Urmeneta.⁶ Otros militantes *jeltzales* enrolados por la fuerza de las circunstancias en las unidades requetés consiguieron pasarse después a unidades nacionalistas vascas en el frente del Norte. Fue el caso, por citar un ejemplo, del nacionalista vasco de Mañeru (Navarra) Gregorio Azcona Santisteban (1913), apresado por los

⁴ Vid. para estos contactos F. de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)*, Eunsa, Pamplona, 1992, pp. 145-146 y ss.

⁵ Vid. I. Chueca Intxusta, *El nacionalismo vasco en Navarra (1931-1936)*, UPV/EHU, Bilbao, 1999, pp. 366-380.

⁶ Cf. J. L. de la Granja, *República y Guerra Civil en Euskadi. Del Pacto de San Sebastián al de Santoña*, IVAP, Oñati, 1990, pp. 200-204; S. de Pablo, *En tierra de nadie. Los nacionalistas vascos en Álava*, Ikusager, Vitoria, 2008, pp. 229-261; Chueca Intxusta, *El nacionalismo*, pp. 372-373; J. L. de la Granja, «Correspondencia de dos dirigentes nacionalistas navarros que abandonaron el PNV al principio de la Guerra Civil (verano de 1936)», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, 1987, tomo XXXII, n.º 1, pp. 250-252, y De Meer, *El Partido*, pp. 94-98.

requetés y condenado a muerte, pero movilizado en agosto de 1936 en un regimiento insurgente, que consiguió pasarse a comienzos de 1937 a un batallón nacionalista.⁷

El móvil religioso jugó para muchos *jelkides* navarros y alaveses, pero también para algunos guipuzcoanos desde septiembre de 1936, un papel muy significativo en su nuevo alineamiento político: la defensa de la fe podía sobreponerse a la fidelidad a la patria. En un medio social en el que tradicionalismo y nacionalismo vasco, más socialización católica, coexistían, la elección final de simpatizantes o incluso afiliados del PNV (o del sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos, STV) podía ser optar por el bando faccioso, de modo más o menos inducido, como ya hemos mencionado, por la influencia de la comunidad local. La casuística individual podía ser en estos casos extremadamente variada, y la decisión final orientarse en un sentido u otro. Por poner un ejemplo documentado, era el caso de Donato Iza Ereño, natural de Galdakao y nacido en 1914. Ebanista de ideas derechistas y afiliado a STV hasta octubre de 1934, además de tesorero local de la Juventud de Acción Católica, Donato Iza participaba tanto de una socialización católica antirrepublicana como del sindicalismo nacionalista vasco. En el verano de 1936, fue persuadido por varios amigos de simpatías tradicionalistas para que se pasase con ellos al campo sublevado. Después de varios meses de servicio en las filas rebeldes, Iza resolvió desertar e incorporarse al *Ejército de Euzkadi*. Pues, según la explicación que dio a sus interrogadores, «repugnaba a su conciencia [...] trabajar contra su pueblo y contra su madre»⁸.

El carácter católico y confesional de la mayoría de la militancia del PNV, y aun de la mayor parte de sus dirigentes, estaba fuera de toda duda. El partido, tras las dudas iniciales y siguiendo en parte la opinión del diputado Manuel de Irujo, acabó por adherirse a la causa republicana, venciendo las reticencias de varios dirigentes y personalidades públicas próximas al partido —entre ellas, el todavía influyente Luis Arana Goiri, pero también líderes como Leizaola— favorables a que el PNV se declarase neutral en una guerra *entre españoles*; pero también tuvo que sobreponerse a las dificultades de tomar una posición en medio de noticias confusas.⁹ El 19 de julio, el diario *Euzkadi* publicaba en primera plana una declaración del

⁷ Cf. carta de Gregorio Azcona a Juan Gracia, Bram (Aude), 9.6.1939, en Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco (AHNV), Artea (Bizkaia), GE 420/5.

⁸ Informe de la sección II de EM (Información) del Cuerpo de Ejército de Euzkadi (interrogatorios a evadidos), 1.6.1937, en AHNV, GE 414/4.

⁹ Cf. el testimonio de Juan Ajuriaguerra en R. Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1997 [Londres, 1979], vol. I, p. 66.

Bizkai Buru Batzar donde se leía que el PNV, obligado a escoger entre «la ciudadanía y el fascismo, entre la República y la Monarquía», seguía el dictado de sus principios que «le llevan a caer del lado de la ciudadanía y de la República», justificándolo con un argumento historicista que tendría un amplio desarrollo en los meses siguientes: «en consonancia con el régimen democrático y republicano que fue privativo de nuestro pueblo en sus siglos de libertad»¹⁰.

Como es bien conocido, el PNV no tomó partido por el bando gubernamental en nombre de los postulados republicanos, pese a compartir el antifascismo del Frente Popular, sino más bien forzado por una necesidad: conseguir la puesta en práctica del Estatuto de Autonomía como primer paso en la sucesiva construcción de una Euskadi soberana.¹¹ Y sólo el bando republicano garantizaba la consecución de la autonomía. Un partido de masas como el PNV, por lo demás, no podía mantenerse neutral en la contienda, posición que sólo era posible a nivel individual. Como afirmó José Antonio Aguirre en julio de 1939, «Nuestra adhesión ha sido la libertad de Euzkadi. A la lucha no hubiéramos ido directamente, no hubiéramos ido por defender la República»¹².

La autonomía no tenía techo, y no debía cerrar la puerta a la posibilidad de la consecución de la independencia en un futuro indefinido y más o menos cercano, o bien a una confederación ibérica vagamente definida. El PNV, reacio en principio a todo planteamiento federal, saludaba así la aprobación del Estatuto de autonomía a comienzos de octubre de 1936 como una «meta accidental» que constituía un mínimo a partir del cual construir en un futuro «la Confederación de Repúblicas libres que ya alborea»¹³. Y al poco de asumir su puesto de ministro sin cartera en el Gobierno de Largo Caballero, el 27 de septiembre de 1936, el que sin duda era el dirigente *jelkide* más pragmático, Manuel de Irujo, señalaba como aspiración inmediata del nacionalismo vasco y de su gestión ministerial el «humanizar la guerra, instaurar la República federal y establecer un nuevo orden político-social». Pues en un pacto federal que corrigiese «errores históricos» en lo relativo al respeto de la lengua, religión, «la raza y las instituciones» de cada país, podrían encontrar «solución, si no plena, al menos inmediata y adecuada» los problemas políticos y sociales del Estado republicano, de toda la península y hasta de Marruecos. Ahora bien, ni siquiera en Irujo la concepción

¹⁰ Cf. *Euzkadi*, 19.7.1936, p. 1.

¹¹ Cf. S. de Pablo, L. Mees y J. A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 9-15.

¹² Citado por De Meer, *El Partido*, p. 154.

¹³ *Euzkadi*, 2.10.1936, p. 1.

de ese federalismo pasaba de ser un estadio meramente intermedio entre la autonomía y la independencia final. Pues igualmente proclamaba su esperanza en que «algún día en España y en el mundo se proclame con eficacia el principio de autodeterminación de los pueblos para fijar libremente sus destinos»¹⁴. Algo semejante, con más énfasis en la posibilidad de una solución federal para articular la plurinacionalidad del Estado, defendía desde las páginas de *Euzkadi* su editoralista en enero de 1937.¹⁵

Sin embargo, tales manifestaciones abiertas al federalismo o confederalismo no constituyeron la regla dentro del discurso gradualista de los *jeltzales*, algo que por lo demás ya era característico de los posicionamientos del partido durante los años de la II República.¹⁶ El PNV siempre dejó claro que ni la República federal constituía «la plena satisfacción de nuestros afanes», ni mucho menos, como llegaron a postular Acción Nacionalista Vasca (ANV), ERC o el Partido Galeguista, que la lucha común contra un mismo enemigo estuviese creando entre los pueblos hispánicos algún tipo de nueva solidaridad, y por lo tanto fundamentado una identificación cívica con la República española en su conjunto. A lo sumo, como hacía el diario *Euzkadi* en febrero de 1937, se señalaba el precedente del fenómeno juntista en la guerra antinapoleónica para argumentar que «por encima de los esfuerzos de políticos obtusos que se empeñan en unir a pueblos a los que jamás podrán unificar», las naciones peninsulares luchaban por un mismo fin, sí; pero con «métodos, modos y organismos rectores» diferentes. Y que así debían seguir siendo.¹⁷

Más importante aún que las dudas y reservas de los dirigentes a la hora de identificarse con una República al lado de la que, *malgré eux*, se veían obligados a alinearse por la defensa gradualista del autogobierno vasco, fue la reticencia de buena parte de los militantes peneuvistas y de sus líderes intermedios a verse envueltos en un conflicto *español* que dividiría a los vascos. Para los militantes del grupo radical *Jagi-Jagi*, no había duda ninguna. Así se apreciaba en la actitud de sus líderes más carismáticos, desde Eli Gallastegi (*Gudari*) hasta Lezo Urreztietia, cuya primera reacción ante el conflicto fue «que vayan a la guerra los rojos [...]. Aquello era una guerra entre españoles»¹⁸. Empero, en Guipúzcoa muchos *mendigoizales* se

¹⁴ «Interesante nota del señor Irujo», *ABC*, 27.9.1936, p. 10.

¹⁵ *M. de Beotegi* [Engracio de Aranzadi, *Kizkitza*], «Federalismo. El manantial de los males del mundo político peninsular», *Euzkadi*, 10.1.1937, p. 1.

¹⁶ Vid. J. L. de la Granja, *El nacionalismo vasco. Un siglo de Historia*, Tecnos, Madrid, 1995, pp. 106-122.

¹⁷ Vid. *Euzkadi*, 2.2.1937, p. 1.

¹⁸ Vid. J. Juaristi, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997, pp. 259-262.

habían movilizado ya en armas, y tras una reunión del *Jagi-Jagi* vizcaíno en Durango hacia principios de agosto, acabaron por adoptar una postura de intervención en la guerra.¹⁹ Pero a lo largo de la contienda la prensa nacionalista radical siguió considerando el conflicto como algo ajeno a la dinámica y realidades vascas, y como una suerte de *intoxicación* española, provocada por el fanatismo propio de un pueblo y una raza diferentes, e *inoculada* artificialmente en Euskadi, cuyo carácter distintivo la haría teóricamente inmune a semejantes virus. La guerra era también una oportunidad para tomar las armas en pro de la independencia, aprovechando la coyuntura de enfrentamiento civil en España. El órgano de los *mendigoizales Patria Libre* lo expresaba bien gráficamente en abril de 1937: la única causa verdadera por la que debían entregar su vida los jóvenes vascos debía ser la independencia de Euskadi y contra el fascismo, o sea, al menos contra *una* España de las que en aquel momento se enfrentaban.²⁰

2. Nacionalismo vasco y movilización bélica

El Gobierno vasco, constituido el 7 de octubre de 1936 con cuatro miembros del PNV, tres del PSOE, uno de Acción Nacionalista Vasca (ANV), uno del PCE, uno de Unión Republicana y uno de Izquierda Republicana (IR), asumió rápidamente sus competencias de poder, aun cuando prácticamente sólo llegó a gobernar sobre la provincia de Vizcaya hasta la caída de Bilbao a mediados de junio de 1937. Pero, pese a ello, consiguió extender su esfera de acción y su autonomía hasta el punto de operar en la práctica, durante casi siete meses, como un Gobierno semi-independiente, cuyo objetivo explícito también era el consolidar una posición de fuerza desde la que presionar por un pacto político favorable a sus intereses con el Gobierno de la República una vez que la guerra hubiese terminado. El Gobierno Vasco, dominado en buena medida por el PNV y la personalidad carismática de José Antonio Aguirre,²¹ demostró así un gran interés en construir una esfera de actuación política e institucional autónoma, organizando en poco tiempo un completo aparato administrativo. Al tiempo,

¹⁹ Cf. F. M. Vargas Alonso, «Los batallones de los nacionalismos minoritarios en Euzkadi: ANV, EMB, STV (1936-1937)», *Vasconia. Historia-Geografía*, 2002, n.º 32, pp. 517-547, particularmente p. 540.

²⁰ Batzaldú, «¡Yo he visto llorar a una madre!», *Patria Libre*, 2.4.1937, n.º 14, p. 2.

²¹ Sobre esta cuestión, y pese a centrarse en la etapa posterior a la Guerra Civil, cf. L. Mees, *El profeta pragmático. Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960)*, Alberdania, Irún, 2006.

mostró interés especial desde un principio en someter a su mando directo a todas las fuerzas armadas operantes en Euskadi.

Como en el caso de la Generalitat de Cataluña, el alejamiento físico del Gobierno de la República permitió al Gobierno Vasco romper hacia arriba los límites estatutarios, asumir competencias no contempladas en el Estatuto y ampliar las concedidas. De modo que en la práctica la Euskadi en guerra se transformó en un Estado semiindependiente. Esa expansión de competencias tuvo lugar sobre todo en dos direcciones: en el campo de las relaciones exteriores, área en la que el Gobierno de Aguirre desarrolló una intensa actividad de contactos y presencia internacional; y en el de la política de defensa.²²

El PNV, al igual que ANV, pretendía demostrar su capacidad para regir los destinos de su propio país, lo que también se extendía a su ambición de dirigir las operaciones de guerra de modo independiente. Así se puso de manifiesto en la Declaración del Gobierno Vasco del 7 de octubre, en la que expresaba el deseo de llevar «la dirección suprema de la guerra», mediante un mando único, la militarización de todas las milicias y la inclusión dentro de ellas de la Marina mercante y los trabajadores de «industrias movilizadas». Uno de los puntos del acuerdo entre el PNV y el Gobierno de Largo Caballero, tras arduas negociaciones, había sido que las milicias vascas sólo combatirían en su territorio, salvo aquellos voluntarios que «individual o colectivamente» quisiesen luchar «en otros frentes del Estado español»²³. Según expresaba Aguirre al ministro de su partido Manuel Irujo en abril de 1937, «Euzkadi debe constituir una jerarquía, con subordinación al Gobierno de Valencia en aquello en que se le debe y al mando único de la República. Pero nada más». Pues si en el seno del nacionalismo vasco «nadie, aun los más exaltados, discuten en estos momentos la lealtad debida a la República democrática hasta la terminación de este conflicto», no se debía olvidar que «nuestro pueblo va a la guerra a través de su propia idiosincrasia»²⁴.

Como en el caso catalán, la gestión política de la defensa provocó permanentes problemas de coordinación entre las autoridades vascas y el mando militar republicano del frente del Norte. En particular, por la negativa persistente de Aguirre, como presidente y como consejero de

²² J. L. de la Granja, *El Estatuto vasco de 1936*, IVAP, Oñati, 1988, pp. 115-117. Vid. también A. Ugalde, *La acción exterior del nacionalismo vasco (1890-1939): Historia, pensamiento y relaciones internacionales*, IVAP, Oñati, 1996, pp. 533-684.

²³ Citado en De Meer, *El Partido*, pp. 148-149.

²⁴ Carta de José Antonio de Aguirre a Manuel de Irujo, Bilbao, 20.4.1937, en AHNV, GE 538/12.

Defensa del Gobierno Vasco, a subsumir el Cuerpo de Ejército XIV o «de Euzkadi» en el Ejército del Norte republicano, y a someter la cadena de mando de las unidades vascas al mando único del Ejército del Norte. En ello, Aguirre veía el empeño de fuerzas políticas de izquierda en imponer sus criterios, a través del capitán Ciutat y del general Llano de la Encomienda, jefe de Estado Mayor y comandante supremo, respectivamente, del Ejército del Norte. Los forcejeos entre el *lehendakari*, empeñado en mantener el control de las operaciones, y el Estado Mayor del Ejército del Norte fueron constantes entre octubre de 1936 y junio de 1937. Además de los constantes pedidos de material bélico, y especialmente de aviación, por parte del Gobierno Vasco, requerimientos que no siempre fueron atendidos por el Gobierno de Valencia, otros hitos de esa tensión fueron igualmente la declaración de Aguirre del 28 de enero de 1937 por la que declaraba extinta toda subordinación del *Ejército de Euzkadi* al Ejército del Norte y su Estado Mayor; la militarización unilateral de industrias de guerra por parte del Gobierno Vasco; las reticencias nacionalistas a admitir la presencia de tropas no vascas en territorio de Euzkadi, lo que en parte provocó el fracaso de la ofensiva del Ejército vasco sobre Vitoria a fines de noviembre de 1936; la pretensión del Gobierno de Euzkadi de promover ascensos entre los militares vascos al margen de las normas del Ejército de la República; la frustrada promoción de la candidatura del coronel José Asensio al puesto de general en jefe del *Ejército de Euzkadi*; la creación de una Sanidad militar propia; la asunción unilateral, desautorizada por Largo Caballero, del comando supremo del Ejército de Euzkadi por Aguirre; y el conflicto por el control de la Escuela Popular de Guerra de Infantería creada en Bilbao por el Gobierno de Madrid en diciembre de 1936, frente a la Academia Militar de Euzkadi constituida en octubre de ese año por el Gobierno Vasco.²⁵

Para los nacionalistas vascos se trataba no sólo de asegurar con esas medidas de modo coyuntural la eficacia de la dirección de la guerra *desde el terreno*, concitando la mayor adhesión posible de la población alrededor de la causa patriótica y del prestigio personal de Aguirre. Se trataba igualmente de un cálculo estratégico: expandir la autonomía de mínimos apro-

²⁵ Vid. V. Talón, *Memoria de la guerra de Euzkadi de 1936. II. Las campañas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988, pp. 659-669, para una detallada descripción de esas tensiones. Vid. igualmente la versión del capitán F. Ciutat de Miguel, *Relatos y reflexiones de la Guerra de España 1936-1939*, Forma, Madrid, 1978, pp. 35-36, 44 y 49-50. Para un análisis sintético, Vid. S. de Pablo, «La Guerra Civil en el País Vasco: ¿un conflicto diferente?», *Ayer*, 2003, n.º 50, pp. 115-141.

vechando la crisis de poder provocada por la propia guerra para consolidar parcelas de poder y actuación institucional propias y asegurar así cotas de soberanía no contempladas en el Estatuto de autonomía, con vistas a una reordenación territorial futura del Estado republicano en un hipotético futuro victorioso.

Con el ascenso a la presidencia del Gobierno de la República de Juan Negrín y la designación de Indalecio Prieto como ministro de Defensa, las relaciones entre los Gobiernos vasco y central experimentaron una cierta mejora. En junio de 1937 se constituyó finalmente el llamado «Cuerpo de Ejército del País Vascongado», separado del resto del Ejército del Norte, bajo el mando del general Mariano Gamir Ulibarri.²⁶ A pesar de ello, la desconfianza mutua no remitió. Gamir recelaba de los nacionalistas, de quienes estimaba que «fuera de la idea de autonomía, si no de independencia, sus principios son más afines al enemigo que a los nuestros: religión, propiedad, etc.». Y Aguirre se lamentaba de que el nuevo comandante en jefe estuviese obsesionado en no permitir «la creación de ningún Ejército nacional vasco, sino que sólo exista el Ejército español»²⁷. Las quejas nacionalistas se extendieron a las intromisiones del Ejército del Norte en el Cuerpo de Ejército de Euzkadi, incluyendo nombramientos y disposiciones tácticas sin notificarlo al Comisariado político de Euzkadi, lo que se agravó tras la pérdida de Bilbao el 19 de junio, y contribuyó a la «desorientación o desmoralización» de las unidades vascas, particularmente de las nacionalistas, según afirmaban estos últimos pocas semanas después de la caída de Bilbao.²⁸

3. La forja de una cultura de guerra específica: el *gudari*

Buena parte de las unidades militares vascas del frente del Norte estuvieron bajo el mando exclusivo y directo de los cuadros y militantes nacionalistas. Las milicias vascas o *Euzko Gudarostea*, situadas bajo la autoridad del PNV dentro del Ejército de Euzkadi y fundadas en el santuario de Loyola el 8 de agosto de 1936, bajo el mando militar del antiguo capitán de Intendencia del Ejército Cándido Saseto y el político de la Jun-

²⁶ Cf. De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico*, pp. 18-24.

²⁷ Cartas del general Gamir a Indalecio Prieto, 28.5.1937, y de Aguirre a Indalecio Prieto, 10.6.1937, citadas por De Meer, *El Partido*, pp. 485-486 y 463.

²⁸ Cf. el *Informe general sobre algunos puntos relativos al Cuerpo de Ejército de Euzkadi en su relación con el Ejército del Norte*, s. f. (circa julio de 1937), en AHNV, GE 453/21. En el mismo sentido, el escrito enviado al Frente Popular de Euzkadi por el PNV y STV, firmado por Doroteo de Ciaurriz y J. Valdivielso, Santander, 2.8.1937, en AHNV, EBB 192/5.

ta de Azpeitia, presidida por Manuel de Irujo, pretendían integrar a todas las organizaciones nacionalistas.²⁹ Pero, aunque al decir del *mendigoizale* Trifón Echeberria respondían a «un carácter más unitario, basado en la idea del Frente Nacional [Vasco]», en realidad eran el ejército del PNV, por no decir un ejército propio dentro del Ejército vasco.³⁰ En el momento de su constitución, las milicias vascas declaraban luchar por «la democracia y la República contra la dictadura y el fascismo», pero una vez conseguido ese objetivo vendría el siguiente: «proclamar nuestra soberanía sobre el territorio de la patria». A fines de agosto los nacionalistas — salvo varias unidades de militantes de ANV en Guipúzcoa, que constituirían el batallón *Euzko Indarra*— no se movilizaron en defensa de Irún, negándose a colaborar con las milicias obreras. Hasta después de la caída de San Sebastián en manos franquistas, es decir, hasta el 14 de septiembre, el *Euzko Gudarostea* no entró en combate. Con todo, bastantes afiliados vizcaínos y guipuzcoanos del PNV se enrolaron por su cuenta en compañías de partidos obreros o se movilizaron de modo espontáneo, lo que en parte motivó que los nacionalistas decidiesen organizar *sus* milicias para controlar ese flujo.³¹ La gran mayoría de las unidades nacionalistas no salió para el frente hasta el 25 de septiembre, dos días después de que el Estatuto vasco fuese dictaminado por las Cortes republicanas y el mismo día en que Irujo fue designado ministro sin cartera del Gobierno de Largo Caballero.

El *Euzko Gudarostea* no era, ni mucho menos, el ejército de todos los vascos antifascistas. Pero sí una parte sustancial de él, aunque no mayoritaria, dependiendo del momento que se considere. Según un cómputo posterior, de 90 batallones, incluyendo en ellos unidades de ingenieros y disciplinarias teóricamente apartidarias, que habían conformado en diversas fases el llamado *Ejército de Euzkadi*, 37 (el 41,1 %) eran nacionalistas (28 del PNV, 4 de Acción Nacionalista Vasca, 2 de *Euzko Mendigoizale Batza* y 3 de STV), tantos como los de partidos obreros (37 entre PSOE, JSU, PCE y CNT), a los que se unirían 8 republicanos (IR y UR) y 8 «oficiales». Otras estimaciones coinciden en lo sustancial, e incluso rebajan la proporción de batallones nacionalistas dentro del total vasco: 44 batallones obreros y republicanos frente a 37 nacionalistas; o 31 batallones nacionalistas de 72 disponibles (el 43%) en mayo de 1937. En todo caso, ni todos los batallones disponían de los mismos efectivos, empezando por los de infantería,

²⁹ De la Granja, *República y Guerra Civil*, pp. 214-215.

³⁰ Vid. E. Ibarzabal, *50 años de nacionalismo vasco, 1928-1978*, Eds. Vascas, San Sebastián, 1978, p. 128.

³¹ Cf. el testimonio de Artetxe, *Diario*, pp. 102-104.

ni existen hasta ahora cálculos numéricos precisos.³² Pero la presencia de los nacionalistas entre las fuerzas voluntarias movilizadas en territorio vasco era mucho mayor porcentualmente que en el caso catalán, en el que los batallones directamente controlados por ERC o el catalanismo radical en el frente del Este eran 8 de un total de 116, apenas un 7% del total.³³

Unidades republicanas y obreras y unidades nacionalistas, en particular los batallones del PNV, constituían en la práctica dos ejércitos y respondían a dos *culturas de guerra* diferentes. La cultura de guerra del nacionalismo vasco, conformada como una trama de significados asociada a la percepción de la propia causa, del enemigo y del carácter del uso de la violencia para defender aquélla, y que impregnaba las actitudes, percepciones y comportamientos cotidianos de los combatientes y del conjunto de afiliados nacionalistas en la retaguardia, se expresaba a través de un aparato discursivo y simbólico que fue forjado rápidamente en los primeros meses del conflicto, y que se nutrió en buena parte de los componentes de militarización de la política que también latían, de forma más o menos larvada, dentro del nacionalismo vasco con anterioridad.³⁴ Pues existía una cierta línea de continuidad entre la cultura de guerra del nacionalismo vasco en 1936-1937 con la línea de exaltación del sufrimiento por la patria y de la vía insurreccional como camino para conseguir la liberación de Euzkadi, que había sido característica tanto de la variante *aberriana* del nacionalismo vasco desde 1921 como de su epígono posterior, la tendencia agrupada alrededor de *Jagi-Jagi* y los *Mendigoizales*, y que también era postulada como camino inevitable hacia la libertad nacional por algunos teóricos del

³² Vid. «Relación de batallones formados durante el Gobierno de Euzkadi», en *Gudari. Edición facsimilar*, Eguzki, Bilbao, 1986, s/p; S. de Pablo, «La Guerra Civil», p. 131; M. A. Salgado, «La batalla de Villarreal: 30 de noviembre-24 de diciembre de 1936», *Sancho el Sabio*, 2007, n.º 26, pp. 179-211 (p. 185). *Sancho de Beurko* daba en 1977 cifras algo diferentes: 79 batallones en total, de ellos 25 del PNV, 2 de *Jagi-Jagi* (*mendigoizales*), 3 de ANV y 1 de STV. Cf. *De Beurko, Gudaris*, p. 150. Y el *mendigoizale* Lucio de Aretxabaleta daba en 1938 la cifra de 32 batallones nacionalistas (24 del PNV, 4 de ANV, 2 de *mendigoizales* y 2 de STV), según declaraba en A. P., «La Joventut Nacionalista Basca i la guerra», *La Humanitat*, 23.1.1938, p. 3. Vargas Alonso («Los batallones», p. 546) estima en 5.000 el número de combatientes movilizadas por los 9 batallones nacionalistas de organizaciones distintas del PNV.

³³ Cf. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*, p. 194. Con todo, la influencia de la ERC entre muchos oficiales catalanes de otras unidades era considerable.

³⁴ Sobre el concepto «cultura de guerra», Vid. sin ser exhaustivo S. Audoin-Rouzeau y A. Becker, *14-18, retrouver la guerre*, Gallimard, París, 2000, y J. J. Becker (ed.), *Histoire culturelle de la Grande Guerre*, Armand Colin, París, 2005. Una discusión reciente para el caso español, en E. González-Calleja, «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 2008, n.º 61, pp. 69-87.

PNV.³⁵ Los jóvenes movilizados para el frente habían recibido una preparación adecuada, desde su compromiso con el movimiento nacionalista, pues desde las formulaciones de Sabino Arana el nacionalismo vasco se consideraba *en guerra* larvada con España. Como recordaba en 1938 el articulista del diario *Euzkadi* Mario de Mendiorlegi, tanto los *mendigoizales* como los voluntarios que el PNV mandó al frente de combate compartían una socialización nacionalista que incluía el compromiso de ofrecer la vida por la patria, si era preciso.³⁶ Y el fervor guerrero de las bases nacionalistas, correlativo a la dinámica de enfrentamiento iniciada en julio de 1936, contribuía además a reverdecer y dotar de contenido presente lo que en otras circunstancias era una utopía fantasiosa. Así lo recordaba en 1986 Julio de Sarasua: la guerra provocó en los jóvenes nacionalistas una suerte de «clímax apasionado», pues «la Patria ya no era una difusa entelequia ni una bucólica imagen cromática, sino un SER VIVO, movilizado, en pie, galvanizado por un alevoso y doloroso ataque».³⁷

Así se aprecia claramente también en el desarrollo de una prensa de trincheras específica destinada a cimentar una visión del conflicto propia entre los combatientes nacionalistas vascos. Particularmente, fue el caso de la revista ilustrada *Gudari*, destinada a los combatientes del *Euzko Gudaroatea*, orientada por el PNV en un sentido más radical e independentista que su diario *Euzkadi*. Fue dirigida primero por el poeta Esteban Urkiaga (*Lauaxeta*), y tras el apresamiento y fusilamiento de este último a manos de los franquistas por el integrante de la Comisión de Propaganda del PNV Pedro de Basaldua, contando como redactor al después presidente de las juventudes del partido Julio de Sarasua.

3.1. Mitos, símbolos y guerras pasadas y presentes

Un primer componente diferencial eran los símbolos externos de las unidades nacionalistas. En las posiciones ocupadas por el *Euzko Gudaroatea* u otros batallones (ANV o *mendigoizales*), y al frente de sus batallones únicamente ondeaba la *ikurriña* (a menudo acompañada por la Cruz de San Andrés o de Borgoña, emblema también utilizado por los carlistas).

³⁵ J. L. de la Granja, «Los mendigoizales nacionalistas: de propagandistas sabinianos a gudaris en la Guerra Civil», en VV.AA., *Los ejércitos*, Fundación Sancho el Sabio, Vitoria, 1994, pp. 295-314, y *El nacionalismo vasco*, pp. 110-112. Igualmente, L. Sebastián García, «*Euzkadi Mendigoxale Batza* durante la guerra civil española (1936-1939)», *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, 1995, n.º 23, pp. 335-357.

³⁶ M. de Mendiorlegi, «Frutos de la formación patriótica», *Euzkadi*, 20.10.1938, p. 1.

³⁷ J. de Sarasua, «Recordando», en *Gudari. Edición facsimilar*, s/p.

Los rituales militares incluían elementos religiosos: las compañías nacionalistas tenían capellanes militares que celebraban regularmente misas de campaña y bendecían las banderas en ceremonias en las que se solía recordar el legado sabiniano y se instaba a luchar por la libertad de Euskadi. Los lemas e himnos, en particular el *Euzko Gudariak*, basado en una melodía del Baztán y con letra de José M.^a de Gárate (1932), de las unidades nacionalistas eran igualmente propios y específicos. Por el contrario, ninguno de esos símbolos, incluida la *ikurriña*, eran usados por las unidades vascas no nacionalistas, excepto en algunas ocasiones por batallones comunistas. La bandera tricolor republicana brillaba por su ausencia en las unidades nacionalistas.³⁸

A ello se unía una autopercepción particular. El soldado nacionalista *era* el soldado vasco por excelencia. El *gudari* —neologismo, aunque ya usado en el siglo XVIII, procedente de la palabra *guda* (guerra), que sustituía al más tradicional término *soldadu*—, como pregonaba el órgano diario del PNV en octubre de 1936, era algo más que un soldado vasco cualquiera. Era un vasco *consciente*, como buen nacionalista. Y también era representante del sano carácter vasco tanto frente al *señoritismo* de los sublevados como —implícitamente— frente al carácter urbano, obrero y foráneo de las milicias obreras. Esa nobleza de carácter se vería reflejada tanto en su supuesta procedencia rural, que proclamaba con orgullo, como en su encarnación de las mejores cualidades vascas, la virilidad (guerrera) entre ellas: «...plenitud del aldeanismo, que es decencia, honradez, dignidad y valentía. [...] El gudari debe ser indígena integral [...] es un vasco consciente, organizado y vanguardista viril. La virilidad es el uniforme del gudari».³⁹ De manera congruente, el *Euzko Gudarostea* se quería ofrecer como un ejército diferente, acogedor para el vasco, *propio*, sin que el hablar un idioma distinto fuese objeto de chanzas. El voluntario «no encontrará un cuartel tipo español, porque hablará el idioma de su raza y será entendido [...]; las vejaciones se trocarán en abrazos y su alma noble encontrará la paz de conciencia y el sosiego de hallarse entre hermanos y no entre extraños»⁴⁰.

El vasco nacionalista también era distinto ante la muerte. Cuando el *gudari* caía en combate, lo hacía en nombre de la patria y de Dios. Las notas necrológicas de combatientes nacionalistas caídos en la lucha que eran

³⁸ Vid. V. Talón, *Memoria de la guerra de Euzkadi de 1936. III. Por Tierra, Mar y Aire*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988, pp. 633-638. Un ejemplo de ceremonias de bendición de banderas (la de una compañía de ametralladoras del batallón *Irrintzi*) en *Euzkadi*, 12.2.1937, p. 3. O la de la compañía de ametralladoras *Aitzol*, en «Guda-Otsak», *Euzkadi*, 16.3.1937, p. 2.

³⁹ «El gudari vasco. Su segunda salida», *Euzkadi*, 9.10.1936, p. 1.

⁴⁰ Lur-Gorri, «Cartas a otro amigo. II. La experiencia», *Euzkadi*, 31.12.1936, p. 2.

reproducidas por el diario *Euzkadi* ponían énfasis ante todo en el sacrificio patriótico y religioso de los combatientes, muertos «defendiendo a Euzkadi contra la invasión de sus enemigos». Cuando no se aludía, simple y llanamente, a la condición de «valerosos combatientes por la independencia nacional» del *gudari* caído.⁴¹ La sangre y el sacrificio de los caídos contribuirían a purificar, extender y consolidar el sentimiento nacional vasco.⁴² Sólo después de la caída del frente Norte algunas necrológicas de soldados y oficiales nacionalistas caídos en otras unidades incluyeron una mención a la defensa de la República, en parte obligados por el contexto geográfico en el que se tenían que mover. Pero, como en el paradigmático caso de la nota publicada por *Euzkadi* en octubre de 1938, con ocasión de la muerte en la batalla del Ebro del capitán Vicente de Egia Sagardui, su sacrificio era presentado como una lección de «cómo y por qué luchan y saben morir los vascos en esta guerra. Luchan por la independencia de su patria, Euzkadi; y por la República, que la hará posible». Aunque era igualmente cierto que el concepto «independencia» se tornaba un tanto confuso y ambivalente, al encuadrarlo dentro del recuerdo de la invasión de Euskadi por «moros, alemanes, italianos y fascistas», con lo que tal vez esa independencia de la patria (vasca) fuese una parte de la independencia global de la República (española).⁴³

Los referentes históricos del combatiente nacionalista en la nueva lucha de liberación nacional también eran específicos: el soldado vasco combatía «por los mismos sentimientos que a sus antepasados informó en las gloriosas gestas patrióticas de Padura, Mungia y Otxandiano». Es decir, las batallas míticas entre vizcaínos por un lado y leoneses y castellanos por el otro (Arrigorriaga o Padura [888], Otxandiano/Otxandio y Gordexola/Gordejuela [1355], y Mungia [1470]) idealizadas y convertidas por el primer nacionalismo vasco, desde el *Bizkaya por su independencia* (1892) de Sabino Arana, en mitos heroicos de resistencia a un agresor *español*. Batallas cuyo recuerdo era ahora invocado como precedente «en esta lucha contra el imperialismo hispano», según el comandante Larrañaga, del batallón *Otxandiano*. Y que daban nombre igualmente a cuatro batallones nacionalistas, en recuerdo de «las más recias batallas que por la libertad sostuvieron nuestros padres».⁴⁴ La invocación de las batallas medievales

⁴¹ Las citas en *Euzkadi*, 6.2.1937, p. 2, y 28.2.1937, p. 3.

⁴² «El patriotismo vasco», *Euzkadi*, 6.10.1938, p. 1.

⁴³ Vid. «Otro héroe de Euzkadi», *Euzkadi*, 18.10.1938, p. 1.

⁴⁴ «Euzko Langile» y E. de Basaraz, «Nos dice el Comandante Larrañaga. Del Batallón Otxandiano», *Gudari*, 6.3.1937, n.º 1, s/p; «Guda-Otsak. El batallón Otxandiano», *Euzkadi*, 19.1.1937, p. 2.

contra los «españoles» se intensificó a medida que avanzaba el conflicto y la suerte de Euskadi era más incierta.⁴⁵

Otro precedente idealizado, y más cercano en el recuerdo, eran las guerras carlistas. Antecedente que, además, había que disputar a los requetés navarros —que también hicieron uso abundante del mismo en su propaganda— y que era compartido por muchos militantes nacionalistas que consideraban al «invicto caudillo Zumalakaregi» una suerte de precursor de los *gudaris*. El lema originario del carlismo, «Dios, Patria y Fueros», sustituido después por «la palabra Rey», no se diferenciaría del lema posterior sabiniano *Jaungoikoa eta Legi-Zarra* más que «en el idioma en que está redactado y en la correcta interpretación de las palabras Patria y Fueros»⁴⁶. La revista *Gudari* presentaba así una foto de dos veteranos de la guerra carlista de 1872-76, quienes «miran con simpatía a los nuevos *gudaris* que combaten por la libertad del pueblo vasco». Pues aunque aquellos viejos voluntarios de la causa de Don Carlos «no conocieron la patria con el sentido claro y profundo de los actuales combatientes», ya llevaban consigo el amor a la tierra y el «deseo de recuperar la personalidad de la raza», y a los Fueros. Razón por la que los «baserritarras de nuestras montañas» habrían imprimido a la carlistada un «sentimiento de liberación» de lo que entonces aún no se definía como nación, pese a sentirla como territorio propio: «entonces se defendía la personalidad de Euskal-Erria, hoy se anhela defender a Euskadi». Del mismo modo que la última guerra carlista había provocado el nacimiento del nacionalismo, la nueva contienda llevaría a perfeccionar la simiente de Sabino Arana.⁴⁷

3.2. *Un modelo social propio para una nación diferente*

Los combatientes nacionalistas no sentían un especial apego por una República que no se correspondía con los modelos de orden social y observancia católica con los que se identificaban la mayoría de ellos. Modelos

⁴⁵ Vid. por ejemplo Arana Goiri'tar Sabin, «Batalla de Mungia», *Gudari*, 24.4.1937, n.º 6, s/p. Igualmente, «Efemérides patriótica. La batalla de Mungia», *Euzkadi*, 27.4.1937, p. 1; J. R. de Azua, «Muertos antes que esclavos», *Euzkadi*, 29.4.1937, p. 1, y R. de Azua, «Reflexiones. ¡Campos de Mungia!», *Euzkadi*, 6.6.1937, p. 1.

⁴⁶ Artetxe, *Diario*, pp. 14 y 16.

⁴⁷ Berau, «Viejos carlistas», *Gudari*, 20.3.1937, n.º 2, s/p. En el mismo sentido, cf. el cuento de *Lauaxeta*, «El fusil del abuelo» y la evocación del viejo carlista emigrado a Montevideo Regino Galdós, «¡Goyan Bego! Don Regino Galdós», ambos en *Gudari*, 8.4.1937, n.º 4, s/p. O bien la evocación posterior de *Sancho de Beurko* [Luis Ruiz de Aguirre], *Gudaris*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977, pp. 9-10. También, Manifiesto del EBB, octubre de 1939: *Euzkadi 1839-1939* (original en AHNV, GE 380/7).

que, más allá de una retórica anticapitalista y opuesta a la *plutocracia* presuntamente defendida por la derecha española insurgente e invasora, estaban fuertemente teñidos de socialcatolicismo militante. Así lo mostraban los editoriales del periódico en euskara *Eguna*, comprometido a su vez con la presentación del conflicto como una guerra de salvación de la patria vasca.⁴⁸ Y así lo dejaba claro, igualmente, el semanario de STV *Euzko Langile*, que ponía énfasis en la extensión del cooperativismo en la retaguardia como modelo para el futuro de una Euskadi en paz.⁴⁹ También el periódico *Euzkadi* se sumó a esa cruzada por el cooperativismo y la reforma social, acogiendo en sus páginas por ejemplo la reivindicación del salario familiar, a la vez que se hacía eco de una cierta retórica antiplutocrática que condenaba los excesos del «capitalismo absorbente, dominante y explotador [...] buscando el término medio de una justicia social equitativa y sensata»⁵⁰.

El socialcatolicismo era presentado como una forma de atraer al conjunto de las clases populares vascas a una tercera vía encarnada por los nacionalistas en la cuestión social. También como una exigencia religiosa.⁵¹ Pero igualmente era considerado como una prueba palpable de que las soluciones *españolas* a ese problema (comunismo o fascismo) no hallarían un adecuado encaje en un país con «reservas morales, riquezas materiales, formas de trabajo» no abordables por una legislación social española. Pues «la diferencia racial se demuestra más palpablemente en la cuestión sociológica», algo que avalaría con nuevos argumentos el derecho a la independencia. Y que se demostraría al contemplar la fuerza del sentimiento nacional en los batallones nacionalistas vascos integrados por *gudaris* procedentes de las clases populares, como el batallón *Gordexola*, ejemplo de obreros movilizadas por la patria y por un modelo *autóctono* de justicia social.⁵² Exigencia patriótica, pues, y acorde con la *idiosincrasia* del pue-

⁴⁸ Cf. referencias sobre el particular en F. Molina Aparicio, *José María Arizmendiarieta 1915-1976. Biografía*, Caja Laboral-Euskadiko Kutxa, Mondragón, 2005, pp. 145-149.

⁴⁹ Vid. por ejemplo «Hacia la creación de un nuevo orden social. El cooperativismo, una de las bases en que descansará el futuro social de Euzkadi», *Euzko Langile*, 19.12.1936, p. 3; o «Hacia la creación de un nuevo orden social», *Euzko Langile*, 27.12.1936, p. 4, o «Revolución económico-jurídico-social», *Euzko Langile*, 17.2.1937, p. 6.

⁵⁰ Cf. De la Granja, *República y Guerra Civil*, pp. 240-243. La cita corresponde a Jeda-gui, «Controles y sindicatos», *Euzkadi*, 18.3.1937, p. 5. Vid. igualmente «Temas sociales. El salario familiar», *Euzkadi*, 17.3.1937, p. 4; «Del ambiente social. El salario familiar», *Euzkadi*, 19.3.1937, p. 1, y «En torno a una polémica. El salario familiar, base del bienestar del obrero», *Euzkadi*, 21.3.1937, p. 7.

⁵¹ «Una interviú con nuestro compatriota señor Irujo», *Euzkadi*, 7.2.1937, p. 1.

⁵² Jul-Sar [Julio de Sarasua], «Voces proletarias. Nuestra sociología», *Gudari*, 8.4.1937, n.º 4, s/p; E. de Nafarrate, «Guda-Otsak. Obreros y patriotas. El batallón Gordexola», *Euzkadi*, 31.1.1937, p. 5.

blo vasco, que se expresaba en la idealizada tradición vasca. Euskadi era concebida como una tierra de *jaunak* (señores propietarios) en la que cada vasco originario poseía casa, tierra y sepultura, lo que equivalía a la continuidad de la raza, que así «era, perduraba y poseía», y que se trasladaba en términos colectivos en «el pensamiento social y político del euzko, pueblo gobernante de sí mismo». Razón por la que un pueblo como el vasco no se postraría «ante ese ídolo cóncavo y extranjero que se llama la supresión de la propiedad», equiparable en razón de su *exotismo* a la negación de la personalidad colectiva de aquel mismo pueblo. Sólo los pueblos «que nunca poseyeron, sino que fueron poseídos» no acertaban a «encontrar en sí mismos soluciones a los problemas que conturban [...] su existencia» y caían irremediabilmente en el «endiosamiento del Estado», es decir, en el comunismo.⁵³

Por su parte, los *mendigoizales* ofrecían retóricamente su concurso a las izquierdas, llevados de su anticapitalismo y de su voluntad de reformismo social para una Euskadi soberana e independiente. Pero advertían de que primero era necesario combatir el *imperialismo* (de unas naciones sobre otras), y sólo después el fascismo y el capitalismo, una tríada que para los jóvenes montañeros era todo uno. Aun así, sus posiciones y postulados en materia social no fueron mucho más lejos del reformismo social también pregonado por el PNV, aparte de formular la aspiración a implantar un confusamente definido «control obrero» en la economía, que no suponía sin embargo el desposeer a los capitalistas, ni renunciar a un ideal futuro de sociedad «orgánica, corporativa y confederal» integrada por propietarios-productores. La propiedad privada del caserío rural, por ejemplo, sería intocable en cuanto obedecería a un «sentido eminentemente vasco».⁵⁴ El objetivo máximo no sería otro que la «copropiedad» de las empresas entre obreros y patronos. Y el confesionalismo, el espíritu socialcristiano y la conciencia de clase —inspirada eso sí en la «solidaridad del trabajador basada en la fraternidad vasca»— se fundirían con el nacionalismo, ya que los obreros vascos comprenderían mejor la patria que los burgueses.⁵⁵ Pues serían enemigos de la patria vasca todos los que negasen «nuestro indiscutible derecho a la independencia», sí; pero también «quienes, con su actuación, deforman nuestra personalidad social», negando toda religión y

⁵³ «Ixañ. Los vascos somos, estamos y tenemos», *Euzkadi*, 21.2.1937, p. 1.

⁵⁴ Cf. «Nuestro saludo» y «Nuestra aspiración», *Patria Libre*, 30.12.1936, n.º 1, p. 1; «Ideario social de E.M.B. El control obrero» y «El caserío y los comunistas vascos», *Patria Libre*, 11.3.1937, n.º 11, p. 5.

⁵⁵ Cf. «¡Arriba la frente, trabajador vasco!», *Patria Libre*, 26.2.1937, n.º 9, p. 2, así como «Ideario social del E.M.B. Política progresiva de salarios», y R. de Mutzaratz, «Plumas obreras - Nuestro nacionalismo», ambos en *Patria Libre*, 18.2.1937, n.º 8, p. 2.

atribuyendo un papel omnipotente al Estado. La guerra tenía causas ajenas a Euskadi, que si hubiese sido libre nunca habría engendrado «esas concepciones que siempre repelieron a lo que es la esencia de la raza» y que dieron lugar a la guerra en España. De ahí que la causa última del conflicto fuese, una vez más, la sujeción a España.⁵⁶ Sólo una Euskadi libre e independiente podría resolver la cuestión social, y hasta impulsar la confraternidad humana mediante la libertad de los pueblos. Por lo tanto, afirmaba *Gudari*, también por esa vía se justificaba como una causa legítima y antifascista el anhelo de independencia en tiempos revueltos.⁵⁷

3.3. *¿Primos o extraños? El combatiente nacionalista y los aliados republicanos*

La colaboración entre milicias nacionalistas y obreras nunca fue sencilla. De entrada, porque estas últimas estaban compuestas en proporción apreciable por voluntarios de origen inmigrante, y por lo tanto *ajeno al país* según la visión nacionalista. Así fue de modo particular durante los primeros meses y hasta la constitución del Gobierno Vasco, cuando el poder real recaía en las Juntas de Defensa constituidas en muchas localidades con representantes del Frente Popular, y a los que el PNV se sumó posteriormente. Lucio de Artetxe describió esta situación como una suerte de guerra por duplicado y contra todos:

Muy en contra del noventa y cinco por ciento de la voluntad de sus afiliados, el n[acionalismo]. v[asco]. [...] se vio envuelto en dos clases de guerra que tuvo que sostener al mismo tiempo y casi con igual intensidad. [...] La una, guerra de frentes, violenta y cruel [...]. La otra, guerra de retaguardia, tan cruel como la anterior, menos violento pero mucho más solapada y tenebrosa, más competida en fuerzas materiales. En ella tenemos que hacer verdaderos prodigios de ingenio y habilidad para deshacer las intrigas que pretenden desarrollar, casi siempre, por iniciativa de los comunistas.⁵⁸

Desde los primeros días de la rebelión los nacionalistas de villas y pueblos se habían ido organizando en grupos armados, habían comenzado a hacer instrucción por su cuenta, y procuraban mantener el orden con el fin de defenderse frente a los partidarios de los insurgentes; pero, también,

⁵⁶ Mendigoxale bat, «Nuestra situación de hoy», *Patria Libre*, 20.12.1936, n.º 1, p. 3.

⁵⁷ «¿Independientistas? ¡Claro que sí!», *Gudari*, 20.3.1937, n.º 2, s/p; «Ejemplaridad», *Gudari*, 24.4.1937, n.º 6, s/p. En sentido semejante, «¿Son galgos o son podencos?», *Euzkadi*, 13.1.1937, p. 1.

⁵⁸ Artetxe, *Diario*, pp. 104-106.

para prevenir posibles *excesos* de las milicias obreras, particularmente en todo lo concerniente a la protección del culto católico, propiedades y edificios eclesiásticos y personas pertenecientes al clero.⁵⁹ Después de la guerra muchos combatientes nacionalistas confesaban haber estado más pendientes del control de los partidos obreros en la retaguardia que del enemigo de enfrente. Aunque pocas veces se llegó a enfrentamientos abiertos, «las relaciones con los milicianos, en general, no eran de agresividad, pero sí tensas», según recordaba otro antiguo *gudari* del batallón *Araba*.⁶⁰

Para los militantes nacionalistas era difícil aceptar a las milicias obreras como aliados. Según reconoció posteriormente Juan Manuel de Epalza, hasta entonces el mayor adversario de los jóvenes nacionalistas que ahora nutrían las milicias había sido la izquierda, «no porque fuese izquierda, sino porque era española y, como tal, intransigente». La sensibilidad frente a la cuestión social tampoco podía constituir un denominador común para ambos, ya que las juventudes nacionalistas —con la excepción quizás de los militantes de ANV y una parte de los sindicalistas de STV— sólo tenían como prioridad el luchar por los derechos colectivos de Euskadi. Lo mismo sucedía con la población civil que simpatizaba con los nacionalistas vascos: el catolicismo les impedía sintonizar con los partidos obreros.⁶¹

La desconfianza era mutua. Como manifestó el diputado socialista Miguel de Amilibia, en las primeras semanas «vivíamos atenazados por el temor de que los dirigentes *jelkides* se pasasen al moro». Pues, como también recordaban los dirigentes vascos de la CNT Manuel Chiapuso y Félix Liquiniano, corría el rumor —no sin fundamento— de que el PNV había mantenido contactos intensos con los golpistas.⁶² Muchos oficiales

⁵⁹ Vid. por ejemplo los testimonios de *gudaris* recogidos en K. Azkue Antzia, *Araba, oi Araba! La lucha en Araba por la libertad de Euskal Herria*, Bilbao, 2004, pp. 104-108. Vid. igualmente A. Delgado Cendagortagarza, *Gernika-Lumo entre dos guerras. De la capital foral al bombardeo (1876-1937)*, Txertoa, San Sebastián, 2005, pp. 415-419.

⁶⁰ Cf. los testimonios de José Manuel Iradi, en C. Blasco Olaetxea, *Diálogos de guerra. Euskadi 1936*, s. ed. [Gráficas Izarra], s. l. [Usurbil], s. f. [1983], p. 24, y de Juan José Usategi, en Azkue, *Araba, oi Araba!*, pp. 213-214 y 221.

⁶¹ Cf. los testimonios recogidos por la corresponsal de guerra holandesa y pro-nazi Maria de Smeth (*Viva España! Arriba España! Eine Frau erlebt den spanischen Krieg*, Nibelungen-Verlag, Berlín/Leipzig, 1937, pp. 205-208 y 212-213), que incluso se valió de un alemán que hablaba algo de euskara para cambiar impresiones con civiles de la zona de Aretxabaleta.

⁶² Vid. los testimonios reproducidos en Fraser, *Recuérdalo tú*, vol. I, p. 262, y vol. 2, pp. 133-157; De Meer, *El Partido*, pp. 128-129. Los testimonios de Miguel de Amilibia y de los cenetistas Manuel Chiapuso y Félix Liquiniano, en L. M. y J. C. Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euskadi*, Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat (Barcelona), 1979, pp. 45 y 194-197.

republicanos veían con disgusto que se hablase de milicias vascas o de Ejército de Euzkadi y apostillaban, como el teniente coronel Ortega en diciembre de 1936, que «ni vasco ni español, ni ningún otro idioma. Aquí estamos luchando por el ideal común, y como resultante de ello, no quiero que se hable de las milicias vascas. Todos somos iguales. Luchadores del pueblo»⁶³.

Frente al fascismo asimilacionista, recordaba la revista *Gudari*, tampoco el nuevo ensayo centralista, el «internacionalista imperfecto», clara alusión al neopatriotismo republicano que se intensificó tras el ascenso de Negrín a la presidencia del Gobierno en mayo de 1937, era contemplado con mayor simpatía. Pues ese nuevo ensayo izquierdista sólo sería «una martingala para reforzar las cadenas centralistas». Euzkadi se estaría enfrentando a un doble enemigo, los que al otro lado de las fronteras «bravamente han anunciado nuestro exterminio» y los que «CON SUS ACTOS atentan contra nuestra patria, aunque sus labios pronuncien dulces palabras falaces» e impedían la organización en la retaguardia del país de modo conforme al Estatuto. Frente a los que desde Madrid afirmaban que lo primero era ganar la guerra, el discurso de guerra de los nacionalistas vascos anteponía la independencia a todo otro objetivo: «[E]n tierra vasca hay que decir: LO PRIMERO ES GANAR LA INDEPENDENCIA, pues que conseguirla y mantenerla presupone la victoria guerrera»⁶⁴.

La nueva «tiranía española» que tal vez surgiría de la guerra, aunque con una pátina de benevolencia y con «extremismo acusado» en lo social tampoco podía satisfacer a los nacionalistas vascos, que si habían ofrecido su concurso a la causa antifascista era a cambio del respeto a su independencia.⁶⁵ El nacionalismo vasco ofrecía a la República española una alianza «de naciones o poderes legítimos atacados por poderes esclavizadores», deseando que España fuese libre al igual que lo sería Euzkadi, «regida por concepciones religiosas, sociales y políticas propias vascas». Eso sí, en régimen de igualdad y reciprocidad de reconocimiento.⁶⁶ Euzkadi no podía integrarse en un régimen federal o autonómico simétrico juntamente con regiones que no estarían preparadas para el autogobierno. Sólo un plano de relación bilateral podría permitir una colaboración leal entre Euzkadi y la República española.⁶⁷ La República española no conformaba, pues, una

⁶³ «Una noche en las trincheras con los vascos», *ABC*, 21.12.1936, p. 3.

⁶⁴ Jul-Sar, «Acusando. Los errores de España» y «Las palabras y los hechos. Lo primero, ganar la independencia», *Gudari*, 27.3.1937, n.º 3, s/p.

⁶⁵ «Con la guerra. Guerra a las tiranías», *Gudari*, 27.3.1937, n.º 3, s/p.

⁶⁶ Jul-Sar, «Acusando. Euzkadi no se vende», *Gudari*, 14.5.1937, n.º 8, s/p.

⁶⁷ Jul-Sar, «Acusando. Nuestro problema», *Lan-Deya*, 2.4.1937, I, n.º 39, p. 1.

identidad cívica con la que identificarse de modo emocional y compartir valores. Era *otra* nación, la España democrática.

De ahí que la presencia de *gudaris* vascos en otros frentes de la península fuese interpretada, a menudo, como una muestra del universalismo vasco, siempre dispuesto a defender la independencia de otros pueblos, olvidando incluso afrentas pasadas. Pues los nacionalistas vascos tendrían gran respeto por «naciones extranjeras que han sido pisoteadas en principios paralelos a los espirituales de los vascos», desde Cataluña a España o Abisinia.⁶⁸ El combate común con batallones de soldados asturianos, santanderinos o de otras procedencias a lo largo del frente del Norte tampoco contribuyó a crear una fusión de identidades cimentada en la posesión compartida de un mismo enemigo, ni siquiera en el nivel de la propaganda de guerra del *Euzko Gudarostea*. Por el contrario, las actuaciones de unidades de *gudaris* fuera de Euskadi, y las de batallones foráneos dentro de territorio vasco, fueron siempre contempladas con cierta distancia en la publicística y prensa nacionalista. Así, aunque había cinco mil hombres del Ejército Vasco (entre ellos una brigada nacionalista) combatiendo en el frente de Asturias y participando desde febrero de 1937 en las operaciones de cerco a Oviedo, sus actuaciones eran presentadas en la prensa nacionalista, y particularmente en *Gudari*, como «batallones vascos que combaten heroicamente en tierras extrañas». Fuerzas que pagaron su tributo de sangre al caer en combate en Asturias Cándido Saseta el 18 de febrero de 1937, cuya muerte, según se llegó a insinuar, habría podido ser producto de una emboscada de unidades izquierdistas.⁶⁹ Latía en ese tono la resistencia de los nacionalistas a dejar partir fuerzas combatientes propias *fuera de la patria* en aquellos momentos de peligro.⁷⁰

La reticencia a dejar combatir *gudaris* fuera de territorio vasco, y la ambivalente actitud hacia unos aliados foráneos que eran implícitamente contemplados con cierto desdén y conciencia de superioridad era palpable también en las páginas de *Euzkadi*. *Lauaxeta* se ufanaba así en marzo de 1937, al describir su viaje al frente de Asturias y su paso por la localidad

⁶⁸ J. Bizkixa, «Nuestro universalismo. Gudaris en Madrid», *Gudari*, 1.6.1937, n.º 10, s/p.

⁶⁹ «Por los frentes de Asturias» y «¡Saseta il da!», *Gudari*, 6.3.1937, n.º 1, s/p; J. Estornés Lasa, *Un gudari navarro en los frentes de Euskadi Cataluña Asturias*, Auñamendi, San Sebastián, 1979, pp. 129-130.

⁷⁰ Vid. por ejemplo la queja del órgano del PNV por las polémicas acerca de la escasa ayuda prestada a otras regiones por el *Euzko Gudarostea* en «La 'egolatría' de Vizcaya», *Euzkadi*, 27.2.1937, p. 1. Cf. igualmente De Meer, *El Partido*, pp. 321-327, para una descripción pormenorizada de las polémicas entre Aguirre e Indalecio Prieto, ministro de Defensa del Gobierno de Negrín, alrededor del envío de *gudaris* a Asturias.

cántabra de Unquera, de cómo los «mozalbetes sucios y desarrapados» del pueblo pensaban que los vascos que viajaban en un coche con la *ikurriña* y hablaban euskara entre sí fuesen extranjeros, muestra de que la diferencia nacional era *evidente* a poco que se traspasasen los lindes de Euskadi. Es más, en su paso por Asturias los *gudaris*, con su educación, buenas maneras, ausencia de comportamientos blasfemos y correcto trato con la población civil estarían demostrando a los campesinos asturianos no sólo las virtudes de la raza vasca, sino la propia diferencia *cualitativa* de estos últimos, convertidos en una suerte de expositor de las peculiaridades de Euskadi, en defensores de su derecho a la autodeterminación y en muestras, con su idioma milenario, de que frente a *dialectos* como el asturiano el vascuence era símbolo de rotunda nacionalidad. Se luchaba junto a los asturianos, pero no se dejaban de reivindicar los derechos a una futura independencia de Euskadi. Precisamente porque se demostraba a ojos de aquéllos que los vascos eran distintos e, implícitamente, mejores.⁷¹

3.4. *Imagen del enemigo: moros, alemanes... y españoles*

¿Quién era el *otro* frente al que luchaban los nacionalistas vascos? José Antonio Aguirre enumeraba en su discurso institucional del 7 de abril de 1937 a los enemigos seculares de Euskadi en el pasado, y que tampoco habían podido invadir el territorio vasco, desde los godos hasta los árabes, por lo que vaticinaba el fracaso de los nuevos invasores —sin ponerles adjetivos—, por Euskadi y por la República.⁷² Tras la ocupación de Euskadi por las tropas franquistas, Aguirre se refería, en un discurso radiado desde Barcelona en diciembre de 1938, al compromiso de «todos nuestros compatriotas» transterrados en diversas partes del mundo y la República, quienes «trabajan mirando al bien de Euzkadi y de la causa de la República», frente a un enemigo que se ufanaba de su catolicismo y no había vacilado en aliarse con «tropas negras infieles traídas insensatamente por quienes levantaron a Cristo en son de guerra», además de «contingentes extranjeros alemanes e italianos»⁷³. En otras ocasiones se señalaba que, al

⁷¹ Lur-Gorri, «Viñetas rápidas. Lo que vi en Asturias», *Euzkadi*, 11.3.1937, p. 1, y 13.3.1937, p. 4; E. de U., «Desde Asturias. El hecho diferencial vasco», *Euzkadi*, 24.3.1937, p. 3. *Vid.* también Pedro de Basaldua, «Ideal de juventudes. Primero, la libertad nacional», *Euzkadi*, 28.3.1937, p. 3.

⁷² «Discurso de S. E. el Presidente del Gobierno de Euzkadi, D. José Antonio de Agirre. 7 de abril de 1937», *Gudari*, 15.4.1937, n.º 5, s/p.

⁷³ Discurso de Aguirre el 21 de diciembre de 1938, reproducido en *Euzkadi*, 22.12.1938, pp. 1 y 3.

igual que romanos y moros no habían podido ocupar el territorio vasco en el pasado, los nuevos moros del presente, los alemanes y los romanos de Mussolini también se estrellarían contra la bravura de los vascos.⁷⁴ Así lo evocaba el jefe del cuartel del *Euzko Gudarostea* en Loyola, el navarro José Estornés Lasa:

Hoy, como en tiempos pretéritos, brota de las entrañas de Euzkadi el irrintzi indómito, el grito de guerra y, al escucharlo, los jóvenes vascos se lanzan, hierro en mano, a defender la libertad de la Patria amenazada *pensando hacerla libre y feliz para siempre*. Ayer fueron rechazados los romanos, los árabes y los godos. Hoy vienen esos tres enemigos unidos contra nosotros: italianos, moros y alemanes. La historia se repite.⁷⁵

Los nuevos invasores de la tierra vasca eran calificados siempre y en todo momento de extranjeros. Pero en este punto el discurso del PNV *oficial* titubeaba en ocasiones. Podía ser el «odioso extranjerismo» invasor, acompañado eso sí de la «degeneración carlista y los militares hispanos rebeldes», como recogía *Euzkadi* en agosto de 1936.⁷⁶ Cuatro meses después, ese invasor era caracterizado como una amalgama de «militares facciosos, de requetés que no quisiéramos que fueran hijos de nuestra raza [...], de morisma y de mercenarios apátridas»⁷⁷. A veces el *otro* era el fascismo invasor, sin más, expresión del imperialismo secular de los pueblos grandes contra los pequeños, cuyo ejemplo sería Alemania frente a Euskadi.⁷⁸ Una Alemania que, azote de la cristiandad desde los tiempos de Lutero y en vías de incubación de un neopaganismo bárbaro, estaría utilizando a los militares españoles presuntamente católicos como caballo de Troya para acosar de nuevo al verdadero catolicismo.⁷⁹ Los fascismos alemán o italiano estarían empeñados en adueñarse de las riquezas del país para sus designios de dominación mundial y en destruir Euskadi por ser un país de milenaria tradición democrática, según la interpretación presentista del sistema foral grata al nacionalismo vasco. De ahí el empeño puesto por el fascismo internacional en la destrucción de Gernika el 26 de abril de 1937, elevada no

⁷⁴ J. R. de Azua, «Moros y romanos», *Euzkadi*, 5.12.1936, p. 1; Un ertzana, «Guda-Otsak. Frente al invasor», *Euzkadi*, 18.4.1937, p. 2.

⁷⁵ Estornés Lasa, *Un gudari navarro*, p. 45.

⁷⁶ Ai-Gitar K., «Tres patriotas vascos», *Euzkadi*, 23.8.1936, p. 1.

⁷⁷ *M. de Beotegui* [Engracio de Aranzadi], «Se inicia la reconquista», *Euzkadi*, 1.12.1936, p. 1.

⁷⁸ «Dos pueblos, dos razas», *Euzko Langile*, 17.2.1937, n.º 64, p. 3. En un sentido semejante, «¡Euzkadi debe ser independiente!», *Patria Libre*, 8.1.1937, n.º 2, p. 1.

⁷⁹ Y. K., «Enemigo núm. 1. La lucha contra el fascismo», *Lan-Deya*, 8.4.1937, I, n.º 44, p. 1.

sólo a símbolo de los derechos colectivos de los vascos, sino también de la democracia mundial.⁸⁰

Al lado del fascismo español y sus cómplices combatían marroquíes, en la mejor tradición imperialista del uso de tropas coloniales para someter a otros territorios bajo su férula. Ahí el nacionalismo vasco reaccionó con ciertas vacilaciones teóricas en un principio: ¿No eran los norteafricanos una nación oprimida por España, y un aliado soñado del nacionalismo de tradición insurreccional en Euzkadi, desde los tiempos de Eli Gallastegi? Desde *Patria Libre* se recordaba que los marroquíes eran carne de cañón utilizada por el ejército invasor, un producto resentido del imperialismo español hacia un pueblo oprimido, enlazando así con el discurso de la solidaridad *aberriana* con los rifeños de principios de los años veinte.⁸¹ No obstante, los matices duraron poco, y acabaron por dar paso a una imagen embrutecida del enemigo. Pues los desmanes de los *moros* en tierra vasca se antojaban a un articulista de *Lan-Deya* aún más despreciables por provenir de un pueblo también sometido al yugo de un opresor extranjero, al que servirían de cipayos sanguinarios para masacrar a una nación también privada de libertad. De ahí que los *moros* fuesen también unos traidores a su propia causa nacional, al luchar encarnizadamente contra un pueblo «que sufre como vosotros los horrores del Estado ególatra y centralizador». Y precisamente como traidores a *su* patria debían sufrir ejecución justiciera a manos de los patriotas vascos:

A vosotros, moros sanguinarios, a vosotros vamos a dirigir con predilección los tiros de nuestros fusiles, para que así, doblando vuestro cuerpo en nuestra tierra, aprendáis a querer a la vuestra con el ímpetu y el afán [con] que los hombres libres y dignos saben defender los derechos naturales y políticos de la civilización.⁸²

Los marroquíes, igualmente, fueron abiertamente despreciados por el periódico *Euzkadi* o por la revista *Gudari*, en términos semejantes a los utilizados por la propaganda republicana.⁸³ Se trataba de *moros*, incivilizados y, además, anticristianos, utilizando las imágenes más rancias del imaginario católico, doblado de racismo cultural. *Euzkadi* afirmaba en agosto de 1936 que «los regulares moros son tropas de botín y saqueo; son bandas

⁸⁰ J. Bizkixa, «Los dos ladrones discuten nuestras riquezas», *Gudari*, 22.5.1937, n.º 9, s/p.; J. Eibar, «Guerra de invasión contra Euzkadi», *Gudari*, 1.6.1937, n.º 10, s/p.; J. Salamatu, «Gernika... Entre llamas alemanas», *Gudari*, 7.6.1937, n.º 11, s/p.

⁸¹ *Patria Libre*, 20.12.1936, I, n.º 1, p. 2. Igualmente, Batzaldú, «¿Independencia? Sí, pero para todos», *Patria Libre*, 2.4.1937, n.º 14, p. 2.

⁸² V. de Basauri, «Contrastes. Moros y Vascos», *Lan-Deya*, 28.4.1937, I, n.º 61, p. 3.

⁸³ Cf. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*, pp. 124-40.

de incendio y pillaje; [...] son la barbarie, son la codicia, son la lujuria desenfadada; son la afrenta de quien los emplea», volcados sobre «esta tierra vasca donde la Cruz aún campea»⁸⁴. Los marroquíes no sólo desmentirían con su presencia que la guerra fuese una cruzada en nombre de la religión católica. Añadirían también un factor de «evidente pugna con las ideas civilizadoras» y la guerra noble, al volcar sobre Euskadi «manadas de rostros morenos, cuyo único y exclusivo fin es manchar con su odiosa baba las concepciones más sagradas de la civilización y su espiritualidad», que «vienen a robar nuestro patrimonio y a violar nuestras vírgenes». El «botín de guerra de Franco para los moros» serían las *emakumes* vascas, lo que constituiría una ofensa nacional, cuando no *racial*: «Nuestra raza no puede ser manchada [...] por la baba verdosa de las huestes marroquíes de Franco». Sólo el fascismo podría apelar a semejantes aliados anticristianos, lo que demostraría de paso que los fascistas españoles eran malos católicos. En algún pie de foto incluso se les tildaba de «masones».⁸⁵ El resistir a los nuevos *moros*, la vanguardia del fascismo hispano, se convertía para Leizaola en una reedición del papel de las tierras vascas en los siglos X y XI como frontera frente a los musulmanes, y por tanto en avanzada de la defensa de la civilización frente a la barbarie.⁸⁶

En otras versiones del discurso de guerra del nacionalismo vasco, el fascismo invasor era un fascismo con gentilicio propio e ibérico. Esporádicamente, la guerra era presentada como una muestra más de la intolerancia *castellana*, una invasión desde Castilla con mercenarios rifeños, que no evidenciaría otra cosa que el fracaso histórico de esta región en imponer su hegemonía y asimilar al resto de territorios ibéricos.⁸⁷ Pero por lo general el enemigo era algo más que Castilla. Si para los republicanos o incluso los catalanistas el enemigo no era un connacional, para los nacionalistas vascos el adversario sí que era, sin ninguna duda, español. Y mucho. Era el fascismo *hispano* o *español* que recogía el odio secular de la España de siempre contra Euskadi,⁸⁸ el militarismo *español*, el imperialismo *español*, la bar-

⁸⁴ «Moros en Euzkadi», *Euzkadi*, 27.8.1936, p. 1.

⁸⁵ Cf. J. Osmalde, «¿Guerra religiosa? Voluntarios marroquíes»; J. Bizkixa, «El ultraje a nuestras mujeres», y Mendi Lauta, «Keipo, moroak eta emakumeak», *Gudari*, 14.5.1937, n.º 8, s/p. Igualmente, J. Salamatu, «Moros en Donostia», *Gudari*, 1.6.1937, n.º 10, s/p; «Borrachos de odio. Los mahometanos en Euzkadi», *Euzkadi*, 20.12.1936, p. 3, y L. de Arakil, «Noticiero. En Iruña están los moros, los moros abencerrajes...», *Euzkadi*, 22.4.1937, p. 1.

⁸⁶ J. M.ª de Leizaola, *La frontera vasca contra moros. Colección de artículos publicados en el diario «Euzkadi»*, Minerva, Bilbao, 1937.

⁸⁷ *Miguel de Beotegui* [Engracio de Aranzadi], «Furor monstruoso», *Euzkadi*, 28.11.1936, p. 1, y «El fracaso de Castilla», *Euzkadi*, 7.2.1937, p. 1.

⁸⁸ «Ante el fascismo hispano. El odio que nos tienen», *Euzkadi*, 31.1.1937, p. 1.

barie *española* o bien el «funesto régimen fascista o militar español».⁸⁹ Un fascismo que era identificado, ciertamente, con una determinada acepción del nacionalismo español, el de las derechas españolas y el tradicionalismo. Acepción que corría pareja al privilegio de casta y la cerrazón frente a toda reivindicación de justicia social.

Frente a ese españolismo faccioso Euskadi se hallaría librando una guerra de independencia, ante un invasor henchido de odio. Se trataba de la «España hedionda» del «españolismo incivil» que aborrecía del reconocimiento de toda diferencia, y por ende todo lo vasco y al nacionalismo vasco en particular, ya que contra él no podía blandir el arma de la religión y dejaba su españolismo al desnudo. El fascismo no sólo se cobraría víctimas individuales, sino colectivas (los pueblos), y frente a él cabía luchar por la libertad, entendida también en términos colectivos (la libertad de los pueblos a decidir por sí mismos).⁹⁰ Pues, como interpretaba el portavoz de los *mendi-goizales*, el defender la independencia de un pueblo *oprimido*, incluso en las circunstancias imperantes de aquella hora y que requerían la unidad frente al fascismo, era uno de los mayores golpes que a éste se podría asestar: si la esencia del fascismo era «la esclavitud de los pueblos y de los hombres», el libertar pueblos contribuiría igualmente a su derrota.⁹¹

Con todo, el concepto de fascismo español se tornaba otras veces maleable y elástico en lo relativo a sus orígenes históricos. Pues aquél también era equiparado de modo genérico a un régimen de «esclavitud del pueblo» y, asimismo, a centralismo español, con orígenes rastreables desde los tiempos de la monarquía. Eso permitía a *Gudari* afirmar que «el fascismo español nos odia desde el nacimiento de España», un odio que vendría desde tiempos inmemoriales, desde que los vascos eran los únicos habitantes de Iberia que resistieron a los romanos, a los godos y a las monarquías medievales deseosas de acabar con «la raza más libre y más democrática de la tierra»⁹². El enemigo fascista no era entonces sino una nueva hijuela

⁸⁹ Carta de José de Ituarte (*Artibai*) a J. A. de Aguirre, San Juan de Luz, 14.10.1936, en AHNV, GE 27/1.

⁹⁰ «El valor de un hecho. Nuestro antifascismo», *Euzkadi*, 6.2.1937, p. 1; «Ante el enemigo. La lucha contra el odio» y Jul-Sar, «Guda-Otsak. El charco de la libertad», *Euzkadi*, 1.5.1937, pp. 1 y 2; Lur-Gorri, «Consideraciones del momento. Guerra de defensa», *Euzkadi*, 9.5.1937, p. 1. *Vid.* también las reflexiones de un *gudari*: Jobil, «Alma vasca. Filosofía del parapeto», *Euzkadi*, 7.2.1937, p. 2. Igualmente, I. Dorronsoro, «Guda-Otsak. El precio de la libertad», *Euzkadi*, 20.5.1937, p. 2, y «Móviles del invasor. El odio a nuestro pueblo», *Euzkadi*, 23.5.1937, p. 1.

⁹¹ «Fijando posiciones», *Patria Libre*, 18.3.1937, n.º 12, p. 1.

⁹² «Su odio y nuestro amor», *Gudari*, 22.5.1937, n.º 9, s/p. *Vid.* también P. M.^a Urrutikoetxea, *La hora del ultraje. Memorias de un gudari*, Idatz Ekintza, Bilbao, 1984.

de «nuestros enemigos de siempre», identificable con «ese españolismo de que hoy ha tomado el nombre de fascismo y que es el mismo de hace veinte años y de hace ciento», según resumían sendos colaboradores del periódico *Euzkadi*.⁹³ Era la sombra del cardenal Cisneros conquistando otra vez Navarra.⁹⁴ Y que, pese a llamarse patriotismo (español), adquiriría la forma de imperialismo expansionista por querer imponer un sentimiento nacional foráneo a tierras pertenecientes a otra nación —las vascas—, lo que lo equiparaba en afanes imperialistas a los fascismos. Es más, los españolistas alzados pervertirían el concepto de nacionalismo, al no entenderlo como restauración de la nacionalidad en un pueblo sojuzgado, sino al trocarlo en ansia de dominación sobre otras naciones.⁹⁵

Es cierto que, conforme la situación militar se hacía crítica en la primavera de 1937, buena parte de los portavoces nacionalistas cerraron filas alrededor del Gobierno vasco y del discurso más contemporizador con la identidad global republicana del *lehendakari* Aguirre. Se trataba de unidad frente al fascismo, otra vez sin adjetivos.⁹⁶ Pero la implícita asociación —y simplificación de significados— entre *fascismo invasor* y españolismo sin más estaba llamada a perdurar en la posguerra. Así, los soldados del *Euzko Gudarostea* que tras la rendición de Santoña pasaron por consejo de guerra y cárcel, fuese en El Dueso, Burgos o Larrínaga, suelen referirse a ese período en sus evocaciones y memorias posteriores como un cautiverio en cárceles *españolas*, sin más distinción, tras pasar delante de una pantomima de juicio ante magistrados *españoles*.⁹⁷ Y la generación de nacionalistas que vivió la guerra y el exilio asumió el mensaje de que el enemigo no era sino un todo homogéneo: «los españoles, desde luego. *Rojos* o *blancos*, ellos eran hermanos. Nosotros éramos *primos*, y al decir *primos* nos referimos a la persona que paga las consecuencias», afirmaba la dirigente de *Emakume Abertzale Batza* Concha Arrazola.⁹⁸

Aquí surgía un problema. Los nacionalistas no siempre podían ocultar que entre las principales zonas geográficas que habían apoyado la rebelión,

⁹³ Cf. Mario de Mendiorlegi, «Disfrazado de fascista», *Euzkadi*, 9.2.1937, p. 1, y «La guerra en Euzkadi. Entre el amor y el odio», *Euzkadi*, 7.3.1937, p. 1.

⁹⁴ Juan de Altza, «Son los mismos. Descendientes de Cisneros», *Euzkadi*, 27.1.1937, p. 1.

⁹⁵ «Antipatria», *Euzkadi*, 14.2.1937, p. 1; Ni-Bas, «El nacionalismo, eje del odio fascista», *Euzkadi*, 10.4.1937, p. 3.

⁹⁶ Jul-Sar, «Contra el invasor. Unidos a nuestro Gobierno», *Lan-Deya*, 28.4.1937, I, n.º 61, p. 1.

⁹⁷ Cf., por poner un ejemplo, R. de Galarza, *Fe y esperanza. Relatos. En el penal de Burgos 1938-1943*, s. ed., s. I. [Bilbao], s. f. [1990].

⁹⁸ Reproducido en Fraser, *Recuérdalo tú*, vol. I, p. 265.

con miles de voluntarios, se hallaba Navarra. Pero se trataba de vascos *engañados* que, como afirmaba años después Joseba Elosegui, se habían colocado del lado de la España más sombría por influjo de la «innegable intolerancia española» y el desconocimiento de su *auténtica* historia patria. Razón por la que no dudaba en ensalzar el valor de sus antiguos enemigos y negaba que, como muchos decían, los requetés sólo fuesen una horda inculta y cruel.⁹⁹ Era una postura que preludiva claramente la actitud de buena parte del nacionalismo vasco posterior a 1975 a la hora de enjuiciar en el pasado el alineamiento de los requetés vascos y navarros durante la Guerra Civil.¹⁰⁰ La tradición familiar transmitida de padres a hijos, el temperamento religioso, incluso la cuestión foral, podían ser factores que explicaban la pervivencia del carlismo en suelo vasco, concedía *Euzkadi* en 1938.¹⁰¹ Pero el bando equivocado en el que los requetés luchaban, demostrando de paso con su valor las mejores virtudes de la *raza* vasca, era responsabilidad imputable sobre todo a los líderes tradicionalistas:

¡Montejurra! ¡Abarzuza! ¡Lakar! ¡Oriamendi! ¡Con cuánto dolor hemos de pronunciar estos nombres de inconfundible estirpe vasca, toponímicos todos ellos, cuando les sabemos que sirven de agrupación a hordas invasoras de nuestra patria sembradoras de la destrucción y de la muerte! ¡Qué honda nuestra pena al considerar que los componentes de esos Tercios, o la casi totalidad de los mismos, eran vascos, que por desconocer a su patria se vieron enrolados en un ejército que había de contribuir a la invasión de Euzkadi, al arrasamiento de nuestros «base-ris», a la destrucción de villas y anteiglesias y a la muerte y al exterminio de nuestros «aitonas», de nuestras «emakumes» y de nuestros «umetxus» [...]!¹⁰²

Los carlistas vasconavarros seguían siendo, de algún modo, auténticos vascos a ojos de los nacionalistas, y por lo tanto recuperables algún día para la causa.¹⁰³ Y las relaciones con ellos, en general, también resultaban más fáciles, aunque para muchos requetés los combatientes nacionalistas se situaban entre los enemigos más odiados.¹⁰⁴ Los *gudaris* prisioneros y destinados en una compañía disciplinaria en el frente de Aragón en 1938, por ejemplo, se alegraban en sus cartas de ser vigilados y compartir posi-

⁹⁹ J. Elosegui, *Quiero morir por algo*, s. ed. [Imprimerie Delmas], s. l. [Burdeos], s. f. [1971], pp. 118-121 y 137-139.

¹⁰⁰ P. Aguilar, «La peculiar evocación de la Guerra Civil por el nacionalismo vasco», *Cuadernos de Alzate*, 1998, n.º 18, pp. 21-39.

¹⁰¹ Iraurgi, «Carlismo en Euzkadi», *Euzkadi*, 10.9.1938, p. 1.

¹⁰² M. de M., «La triple responsabilidad del carlismo», *Euzkadi*, 14.9.1938, p. 1.

¹⁰³ J. R. de Azua, «¡Traidores!», *Euzkadi*, 19.1.1937, p. 5.

¹⁰⁴ Cf. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*, pp. 275-276.

ción con tropas requetés navarras, a las que suponían más próximas a su *idiosincrasia*.¹⁰⁵

Dentro del universo del nacionalismo vasco, con todo, también había matices diferenciados en su discurso de guerra. Era el caso de ANV, partido que se integró en el Frente Popular de Euzkadi y colaboró con él hasta la primavera de 1937, a pesar de disentir de su política militar, y que representaba una posición de nacionalismo más cívico, prorrepblicano y reformista en lo social.¹⁰⁶ Para su órgano portavoz, *Tierra Vasca*, el otro era el fascismo invasor a secas. Al mismo tiempo, desde el periódico de ANV se saludaba la presencia de tropas asturianas en Euzkadi como muestra de solidaridad de los «hermanos asturianos» en la guerra entre obreros y capitalistas, en la que era necesario ayudarse mutuamente «como si todo el suelo peninsular fuese la tierra de nacimiento». Incluso, *Tierra Vasca* aceptaba buena parte del discurso de guerra republicano español, que definía el conflicto como una guerra de independencia, en sus trazos principales. La presencia de alemanes e italianos entre las tropas rebeldes demostraría que «La guerra peninsular [...] ya no es una guerra entre hermanos. Es la guerra de los hijos de la tierra contra otros hombres venidos de Italia y Alemania que persiguen colonizarnos», y han traído para «aniquilarnos a esos extranjeros». Eran la península y Euzkadi quienes se defendían de la invasión; pero con ánimo fraternal.¹⁰⁷

El independentismo estratégico que había caracterizado el programa ideológico del partido en el semestre anterior a la guerra, junto con un programa social reformista, parecía haber moderado sus perfiles ante la realidad del conflicto armado. Con todo, el maximalismo nacionalista seguía haciendo su aparición de forma esporádica, en forma de reivindicación del derecho a la independencia tanto de España como de Euzkadi o Cataluña; o en las declaraciones de sus propios milicianos, como hacían varios voluntarios del batallón *Euzko Indarra* en noviembre de 1936, para quienes la guerra era un «primer paso de nuestra independencia».¹⁰⁸ Pero la muerte de Euzkadi a manos de los invasores extranjeros, los mismos que habían conquistado y sometido Abisinia, también sería la muerte de la libertad. De ahí

¹⁰⁵ Cf. el testimonio del capellán requeté Casimiro Saralegui Lorea (*Vivencias y recuerdos de un cripto*, Altafaylla Kultur Taldea, Tafalla, 1991, p. 73), quien se ocupó de censurar las cartas de los *gudaris* prisioneros.

¹⁰⁶ Cf. De la Granja, *República y Guerra Civil*, pp. 186-190.

¹⁰⁷ «Asturias, agradecida» y «Alemanes, en Euzkadi», *Tierra Vasca*, 6.4.1937, n.º 97, p. 3.

¹⁰⁸ Vid. J. L. de la Granja, *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Siglo XXI, Madrid, 2008 [2.ª ed.], pp. 640-642. Un ejemplo de vindicación del derecho a la independencia en «Interpretaciones. Juicios apasionados», artículo de *Tierra Vasca* reproducido en *Euzkadi*, 31.3.1937, p. 5. Las declaraciones de los *gudaris* de *Euzko Indarra*, en *Euzkadi Roja*, 25.11.1936, p. 1.

que *Tierra Vasca* llamase a combatir al unísono por Euskadi y por la República, particularmente cuando la ofensiva franquista se cernía sobre Bilbao desde comienzos de abril de 1937.¹⁰⁹ Ello entroncaba con la posición de ANV en el conflicto, solidaria con los pueblos de la República española «que con nosotros han sufrido bajo las oligarquías de la vieja España» y el «pueblo trabajador español», y opuesta a *una* España, la representada por los sublevados; pero no a un acuerdo confederal o federal con el resto de nacionalidades que integraban el Estado español, cuya solidaridad estaría cimentada en el sacrificio común durante la guerra:

Juntos estamos en los frentes de batalla, juntos organizamos la lucha contra el enemigo, juntos morimos en la brecha, juntos sufrimos las consecuencias dolorosas de esta guerra cruel. ¿Por qué no hemos de vivir juntos luego, cuando el día de la victoria haya llegado? Sólo es necesario para ello que se dé una circunstancia [...]. Para llegar a esta unión sólo pedimos ser libres.¹¹⁰

Ese discurso también se transmitió por otras vías. El drama *Pedro Mari*, una de las obras teatrales más representadas por el nacionalismo vasco (adaptación de una narración de Arturo Campión por Alfredo Echabe en 1922, que simbolizaba la hermandad de los vascos de los dos lados del Pirineo y su martirio a manos de españoles y franceses) fue versionada de nuevo por el delegado del Gobierno de Euskadi en Barcelona y dirigente de ANV Luis Areitiourtena, y representada en esta última ciudad con ocasión de la *Semana Pro Euzkadi* celebrada entre el 29 de mayo y el 6 de junio de 1937. Aquí el mensaje final era sensiblemente diferente: si en 1922 el navarro Pedro Mari moría a manos de España en nombre de la libertad del pueblo vasco, en 1937 aquél entregaba ahora su vida por la causa de una Euskadi libre en una República española igualmente libre contra el fascismo, al grito de «¡Viva la República! ¡Viva la libertad!»¹¹¹.

4. ¿Por qué patria luchaban los *gudaris*? Una visión desde abajo

Reconstruir la experiencia de los combatientes movilizados durante la Guerra Civil no es un ejercicio sencillo, dada la escasez de las fuentes

¹⁰⁹ «¡Gudaris de Acción Nacionalista Vasca!», *Tierra Vasca*, 29.4.1937, n.º 117, p. 1, y «¡A la lucha por la victoria!» y «Los países que ayuden a Franco, quieren apoderarse de las riquezas de España», *Tierra Vasca*, 30.4.1937, n.º 118, p. 1.

¹¹⁰ «Nuestro nacionalismo y España», *Tierra Vasca*, 24.12.1936, n.º 11, p. 1.

¹¹¹ Cf. J. L. de la Granja, *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo xx*, Tecnos, Madrid, 2003, pp. 194-197.

disponibles, en particular de tipo epistolar y autobiográfico; pero podemos afirmar que tanto para los combatientes republicanos como franquistas el nacionalismo (español), entendido de diferentes maneras y asociado a proyectos sociopolíticos y cosmovisiones muy distintas, jugó un papel no desdeñable en sus motivaciones.¹¹² No fueron diferentes, en este sentido, los combatientes nacionalistas catalanes, gallegos o vascos.

Los testimonios contemporáneos, autobiográficos y epistolares de combatientes nacionalistas vascos que han llegado hasta nosotros son bien elocuentes en un punto: si por algo combatía, sólo luchaban por la libertad de Euskadi. Un combatiente vasco exiliado en Burdeos que el 11 de octubre de 1939 escribía que «dí por Euzkadi, su causa y la República cuanto personalmente me fue dable». Pero podemos afirmar que muchos, si no la gran mayoría, de los militantes del PNV, como de ANV y en particular los pertenecientes a la tendencia independentista radical de los Mendigoizales, percibieron la guerra como una defensa de su territorio y de las libertades de Euskadi frente a un enemigo *español* que no era sino una nueva encarnación de anteriores enemigos, y que, hoy como en las guerras carlistas del siglo XIX, provocaban la división de los vascos en dos bandos fieles a ideologías *foráneas*.¹¹³ Para muchos mendigoizales, por ejemplo, como recreó literariamente en sus memorias del verano de 1936 el antiguo comunista y después partidario de *Jagi-Jagi* Mario Salegi, tanto la República *centralista* como los insurgentes eran enemigos a batir por igual en defensa de lo único que importaba, que sería la lucha por la independencia de Euskadi.¹¹⁴ En términos más suaves, algo semejante declaraba en 1938 el mendigoizale y secretario general del Departamento de Hacienda del Gobierno de Euzkadi en 1938, Lucio de Aretxabaleta.¹¹⁵ El comandante del batallón peneuvista *Otxandiano* era explícito en marzo de 1937 cuando afirmaba, preguntado por sus proyectos de futuro, que lo fundamental era la liberación de la patria vasca. Lo demás era secundario:

¿Proyectos para el futuro? Lo primero, ganar la guerra y con ello la liberación de Euzkadi. Nosotros luchamos únicamente por la vida del pueblo

¹¹² Cf. sobre el particular nuestros artículos «Las patrias de los soldados de la República (1936-1939): Una aproximación», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, pp. 233-261, y «Fighting for Spain? Patriotism, War Mobilization and Soldiers' Motivations (1936-1939)», en M. Baumeister y S. Schüler-Springorum (eds.), «If You Tolerate This...». *The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Campus, Frankfurt a. M./ Nueva York, 2008, pp. 47-73.

¹¹³ De la Granja, *República y Guerra Civil*, pp. 191-194.

¹¹⁴ Salegi, *Verano del 36*, pp. 59-60, 134 y 170.

¹¹⁵ A. P., «La Joventut Nacionalista Basca».

vasco. Por esto seguiremos luchando hasta el último momento, sin desmayos ni vacilaciones. La felicidad de Euzkadi es garantía de la nuestra. Otras organizaciones podrán sentir ideales opuestos, pero en nosotros se concreta y forma cuerpo real con la vida perenne de la patria, sus valores, su personalidad. ¡Queremos nuestra vida, como individuos y como colectividad!¹¹⁶

Y el comisario general del Ejército de Euzkadi, el militante de ANV Luis Ruiz de Aguirre (*Sancho de Beurko*), reproducía años después varios diálogos de oficiales de compañías de *gudaris* en las que no aparecía ninguna identificación sentimental con la República, que era asimilada directamente a *lo español*.¹¹⁷ Igualmente, en sus cartas al diario *Euzkadi* los combatientes del *Euzko Gudarostea* situaban casi como única motivación de su combate la defensa de la patria (vasca) frente al invasor.¹¹⁸

Si hay un *Leitmotiv* en las misivas y testimonios de *gudaris* nacionalistas, éste es sin duda la defensa de la patria vasca ante una agresión foránea. Se trataba de saludar el Estatuto aprobado en octubre de 1936 como un primer paso por la victoria en la guerra, que habría de conducir a la «esperanzadora realidad de una Patria regenerada y libre en la libertad de la plena soberanía política y social» y ver «pronto aquella nuestra amada tierra libre de influencias extrañas», según escribía a Aguirre el antiguo presidente de *Euzko Ikasle Batza* en Madrid Joseba M. Azkarraga.¹¹⁹ Otras misivas ofrecían el concurso del postulante para defender la libertad y carácter diferencial de Euskadi frente al «dominio extranjero», solicitando un «puesto como voluntario para traer el bienestar de la República Vasca entregando mi vida por ella», como formulaba desde Sestao Nicolás Roca en octubre de 1936.¹²⁰ Y otras más, después de la caída de Bilbao, aludían constantemente a «nuestra mártir Euzkadi» y lamentaban el no poder leer en tierra foránea en lengua «de mi patria», hallándose en tierras extrañas o, directamente, extranjeras.¹²¹

En el caso de los combatientes nacionalistas la lucha común y el hecho de que algunos de ellos hubiesen combatido en frentes alejados del País Vasco no parece haber contribuido a forjar lazos afectivos con la República

¹¹⁶ De Basaraz, «Nos dice», s/p.

¹¹⁷ *De Beurko, Gudararis*, pp. 52-54.

¹¹⁸ Vid. por ejemplo la carta del *gudari* Alejandro de Urquixo, reproducida en «Guda-Otsak. Nuestros luchadores. Carta de un *gudari*», *Euzkadi*, 9.3.1937, p. 3.

¹¹⁹ Carta de Joseba Mirena Azkarraga a José Antonio de Aguirre, Bilbao, 10.10.1936, en AHNV, GE 27/1.

¹²⁰ Carta de Nicolás Roca Paderne, Sestao, 12.10.1936, en AHNV, GE 27/3.

¹²¹ Carta del estudiante de Medicina nacionalista Alberto Bas de Ugarte a León de Urriza (Secretario General del Departamento de Justicia y Cultura del Gobierno de Euzkadi), Cartagena, 18.9.1938, en Archivo General de la Guerra Civil, PS Barcelona, 907.

o con las milicias obreras y de otros partidos y organizaciones, al contrario de lo que sucedió entre buena parte de los combatientes catalanistas cercanos a la ERC, que compartían una cultura política republicana y laica con otros combatientes del Ejército Popular de la República.¹²² Ello tiene mucho que ver sin duda con el bagaje doctrinal previo de los combatientes nacionalistas, impregnado de un poso racista de raigambre sabiniana, tanto o más quizás que con la mayor distancia en su cosmovisión básica en materia social y religiosa que pudiese existir entre milicianos de izquierda obrera y *gudaris* nacionalistas. De este modo, su explícita comparación del valor guerrero de los *gudaris* con otras unidades republicanas no vascas, como los batallones asturianos y santanderinos de orientación comunista, llevaban a un convencido *jeltzale* en mayo de 1937 a expresar juicios excluyentes como los siguientes:

Sobre el ejército de Euzkadi cuantas cosas te diría, pero no quiero polemizar, pero si te diré que el de ahora y el de antes se diferencia poco. [...] Antes y ahora el ejército de Euzkadi ha sido el mejor ejército del mundo entendiendo por tal a nuestro gudari, así como antes y ahora tiene muchas faltas para ser completo. En algunas cosas estás equivocado sobre capacidad de los militares españoles, sobre el no querer técnicos extranjeros [...]

También te diré que si a los vascos nos hubiesen dejado solos sin interferencias extrañas y traidores españoles en forma de amigos, tendríamos un ejército tan bueno como cualquiera del mundo y no digamos mejor que el de los españoles, porque eso hoy lo somos. Nuestra capacidad es tan superior a la de éstos que el convencimiento de superioridad de raza que antes era lírica se ha demostrado ahora con realidades.

¿Sabes a quien debemos todos los retrocesos? Pues a nuestros queridos amigos los asturianos y sobre todo a los santanderinos. Sostienen la línea, atacan y toman posiciones los *gudaris* vascos lo mismo rojos que nuestros y al día siguiente, nos dan una espantado [sic] algún batallón de esos, nos habren [sic] un boquete y nos hacen perder posiciones bases, mientras ellos en su cansancio llevan todo lo que encuentran en nuestros caseríos. Esos son batallones regulares, traídos por el Ejército del Norte y mejor dicho por los comunistas en oposición a Euzkadi, sin nombre y con numero. Nos preguntamos con zozobra todas las noches donde ha habido espantada santanderina o asturiana. Lástima del día que los trajeron.¹²³

¹²² Cf. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*, pp. 419-428. El contraste con los milicianos o simpatizantes de ERC y del Partido Galeguista era evidente, no tanto en el caso de los combatientes de unidades de *Estat Català*.

¹²³ Carta de nacionalista desconocido al jefe de la sección de Movilización del Departamento de Defensa del Gobierno Vasco, Justo de Zubizarreta, Bilbao, 21.5.1937, en AHNV, GE 65/3.

Incluso los prisioneros de batallones nacionalistas vascos se quejaban ante sus captores franquistas de que «quienes huyen primero y son más cobardes, son los batallones de asturianos, a los que culpan de sus constantes y tremendas derrotas». ¹²⁴ Se trataba de una percepción bastante extendida entre los responsables del PNV, y que también se aplicaba, sin embargo, a muchos batallones vascos, incluso a algún nacionalista. ¹²⁵

Sobre la verosimilitud de tales imputaciones —según las cuales la guerra en Euskadi estaría siendo perdida, sobre todo, por la ineptitud de las unidades de combatientes no vascos, que se retiraban en desorden hacia sus regiones de origen procurando saquear lo que podían, de paso, o que eran descritos como barbudos revolucionarios que hacían gala de no bañarse¹²⁶— informaba extensamente Jesús María de Leizaola a Manuel Irujo por las mismas fechas, rebatiendo las opiniones de Indalecio Prieto y de otros dirigentes republicanos que culpaban a las unidades de obediencia nacionalista de escaso ardor guerrero. Y que, una vez más, se hacía eco del malestar entre los batallones del *Euzko Gudarostea* hacia las unidades santanderinas y asturianas que combatían a su lado:

En general, la pérdida de posiciones no es nunca imputable a batallones nacionalistas ya solos, ya en combinación con otros. Un batallón asturiano abandonó por falta de vigilancia el Sollube al día siguiente de una gran victoria nuestra; un batallón comunista perdió con la misma insustancialidad la cumbre del Bizcargui. Una brigada de Santander —muy fatigada, desde luego— ha dejado sin combate serio todo el sistema al sur del Sollube, que el enemigo por su agotamiento no ha explotado todavía. [...] Quien haya apuntado la idea de saboteo no podrá imputarle objetivamente a las tropas de infantería reclutadas en Euzkadi porque estas dan resultados muy superiores a las asturianas y santanderinas que actúan en estos frentes. Por lo que hace a la infantería es imposible pedir más. Ni aun en número se puede pretender más, puesto que no hay fusiles que darles.

¹²⁴ *El Tebib Arrumi*, «Otra magnífica crónica que... se continuará», en *La conquista de Vizcaya (Las Crónicas de El Tebib Arrumi III)*, Librería Santarén, Valladolid, 1938, pp. 130-131.

¹²⁵ En una reunión del Departamento de Defensa del Gobierno Vasco del 25 de enero de 1937, presidida por Aguirre, el jefe de información del Departamento, José M.^a Arbex Gussi, afirmaba que «el 90% de los milicianos no combate por un ideal, sino por darse la buena vida, y no se quiere someter a una rígida disciplina», señalando específicamente como los más indisciplinados al batallón *Perezagua* (comunista) y a todos los comunistas, pero también a los nacionalistas *Ixasalde* (del PNV, formado en su mayoría por pescadores de la costa) y «alguno de Acción Nacionalista». Cf. AHNV, GE 178/18.

¹²⁶ Vid. por ejemplo la evocación de A. de Uriarte, *Los últimos días del Batallón Amayur (el final honorable de los batallones vascos)*, s. ed., Caracas, 1956, pp. 34-35. O la de Estorén Lasa, *Un gudari navarro*, p. 114.

A ello se unirían, según Leizaola, los frecuentes incidentes que tenían lugar entre tropas no nacionalistas, tanto vascas como, sobre todo, no vascas, y la población rural vascófona de las zonas del frente y la retaguardia:

El martirio que se está haciendo padecer a la población rural excede a toda ponderación. Las evacuaciones forzadas, las vejaciones terribles por parte de elementos que tú conoces porque los que componían la Checa de Ondarreta no han sido detenidos, aún y que han dado algún golpe en Elorrio, Abadiano y en Céanuri especialmente, pueden haber dado lugar a que alguno observe cierta frialdad en algún caso. Evidentemente no es fácil hacerse a la idea de que un ejército sea un azote de nuestro propio país. Sin embargo la población rural está lealísima y nada se puede decir en contra de ella. He aquí el caso más fuerte que conozco: En Ceanuri al ocupar el enemigo el alto de Barazar dos soldados asturianos llegaron a un caserío y se disponían a pasar a las filas del enemigo; los aldeanos los denunciaron y aquellos dos milicianos fueron aprehendidos no sé si ejecutados. Dos noches después aparecían muertos cinco nacionalistas de Ceanuri, el párroco, un teniente Alcalde, un religioso... Al barrio de Ipiñaburu al pie del Gorbea llegó la noticia de que en Ceanuri estaban asesinando a los nacionalistas y toda la población de dicho barrio emigró a campo enemigo. Hubo que mandar una compañía de soldados arratianos nacionalistas con orden de defender a su pueblo contra nuestras propias fuerzas. ¿Qué clases de entusiasmos pueden haber en una población rural así tratada?¹²⁷

Semejantes opiniones compartían otros *gudaris*, ya perdida Vizcaya.¹²⁸ También se manifestaba esa distancia afectiva hacia los combatientes *españoles* entre los combatientes nacionalistas desplazados a Asturias. Esas reflexiones iban mucho más allá en el caso de otro *gudari* que, en enero de 1939, escribía a un correligionario ya en Francia que «estaría muy bien una línea Maginot a todo lo largo del Ebro», pues «la vecindad con los españoles nos ha perjudicado mucho y creo que en lo futuro nos seguirá perju-

¹²⁷ Carta de Jesús María de Leizaola a Manuel de Irujo, Bilbao, 17.5.1937, en AHNV, GE 538/12. Las requisas de víveres y en especial de carne a los aldeanos por parte de varias unidades combatientes eran, en efecto, moneda corriente, y se señalaban frecuentes actos de indisciplina en varios batallones como consecuencia del deficiente funcionamiento de la intendencia (concretamente, en el batallón *Perezagua* y en otros batallones comunistas, en el *Itxasalde* y en alguno de ANV), pero también el batallón nacionalista *Gordexola*, según reflejaba la *Reunión celebrada por los jefes de las distintas secciones del departamento de Defensa, presididos por el Señor Consejero, Bilbao, 22.1.1937*, y en carta del Jefe de Servicio de EM a Aguirre, Bilbao, 29.11.1936, ambos en AHNV, GE 178/18.

¹²⁸ Carta colectiva de un grupo de mutilados de guerra vascos a Aguirre, Ibarritz-Bidart, 7.10.1939; en el mismo sentido, carta de cinco nacionalistas a Aguirre, Saint Christ au Lurbe, 14.6.1938, en AHNV, GE 378/3.

dicando. Son un pueblo que no tiene arreglo». La intolerancia, supuestamente atávica, de España y sus gentes, contagiada a la nación vasca, habría sido la culpable en último extremo de la tragedia. Pues en una Euskadi libre de ataduras con sus vecinos del sur, «desde el más recalcitrante integrista hasta el mayor sectario comunista, siendo vasco y concediéndonos nuestra independencia, creo que nos entenderíamos»¹²⁹.

No faltaban entre los combatientes nacionalistas vascos, como incluso recogen recreaciones literarias y memorias benévolas hacia ellos, sentimientos *antimaketos* de raigambre aranista, a veces motivados por las frecuentes desavenencias entre milicianos de izquierda obrera y milicianos o campesinos nacionalistas (o simplemente euskaldunes), que podían tener origen en cuestiones tan nimias como el hablar euskera o no.¹³⁰ Hasta Juan de Ajuriaguerra, presidente del PNV de Vizcaya, escribía desde la cárcel en octubre de 1937 que «lo que más duele a los vascos abertzales y no abertzales (que estamos todos muy compenetrados) es la promiscuidad con los españoles»¹³¹.

Muchos *gudaris* mostraban, en una suerte de reflejo especular de lo que eran las motivaciones de los combatientes requetés del bando franquista, un orden de prioridades muy semejante, teñido de catolicismo: primero Dios, y después la patria, *Euzkadi*. Una Euskadi que «en estos días de guerra, padece por Cristo, y muere con Cristo, y quiere ser sepultado con Cristo». Pero Euskadi sin adjetivos, y desde luego sin mención alguna a la República.¹³² Algo que el periódico portavoz del PNV dejaba claro el 15 de agosto de 1936, cuando aludía a la «sublime jerarquía de valores espirituales» de los vascos, que no eran otros que «Dios y su Patria vasca»¹³³. Y que seguía vigente dos años después, al recordar en algunas necrológicas a oficiales vascos muertos en el frente.¹³⁴

¹²⁹ Cf. los testimonios reproducidos en J. Cervera Gil, *Ya sabes mi paradero. La Guerra Civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Planeta, Barcelona, 2005, pp. 80, 104, 177-178, 274-276, 281 y 397.

¹³⁰ *Vid.* por ejemplo Salegi, *Verano del 36*, pp. 195 y 199, así como pp. 207-208 para las desavenencias lingüísticas. El Ejército de Euzkadi también tuvo problemas para utilizar el euskara en comunicaciones oficiales y por radio, dando lugar a pequeños incidentes que fueron denunciados por la prensa nacionalista (*Vid.* por ejemplo «Otra vez. Algo intolerable», *Euzkadi*, 6.2.1937, p. 1).

¹³¹ Carta de Juan de Ajuriaguerra, octubre de 1937, citada por De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico*, p. 29.

¹³² Cf. el testamento autógrafo del *gudari* José M.^a de Urrutia y Aldama, muerto el 30 de noviembre de 1936, y reproducido en *Gudari*, 15.4.1937, n.º 5, s/p. O la necrológica del *gudari* caído José Galíndez Urkixo, en *Euzkadi*, 5.1.1937, p. 5. Igualmente, «Jesucristo, Dios», *Euzkadi*, 21.3.1937, p. 1.

¹³³ «Andra Mari», *Euzkadi*, 15.8.1936, p. 1.

¹³⁴ *Vid.* por ejemplo Iratzenia, «Arika. Por la Patria y por la Fe», *Euzkadi*, 2.11.1938, p. 1.

Los referentes de legitimidad y fidelidad nacional de los combatientes encuadrados en batallones nacionalistas se situaban pues de modo exclusivo con la causa de la emancipación nacional de Euskadi, antes que con la causa de la República española como un todo. Así, cuando Vizcaya cayó definitivamente en manos franquistas a finales de junio de 1937, tras la entrada de las tropas de Franco en Bilbao, las unidades militares fieles al Gobierno de Aguirre y al PNV, los *Mendigoizales* e incluso ANV perdieron interés rápidamente en seguir luchando por una causa que ya no era sentida como la propia, a lo que se unía una mezcla de frustración, de desconfianza hacia los aliados republicanos y de falta de identificación con el territorio que tocaba defender, situado fuera de la que consideraban su patria.¹³⁵ De ahí que secundasen en su gran mayoría la decisión tomada por sus dirigentes y mandos militares, concretada en el fallido Pacto de Santoña de agosto de 1937, de entregarse sin luchar a las tropas italianas a cambio de un trato generoso a los prisioneros y su evacuación. Pacto que, como es sabido, no fue respetado por la presión del Alto Mando franquista, que declaró nulas sus cláusulas.¹³⁶

5. Epílogo

Los líderes más destacados del PNV se mantuvieron fieles a la República hasta el final del conflicto. Irujo conservó su cartera en el Gobierno de la República hasta su dimisión en solidaridad con el ministro de la ERC en agosto de 1938; y el *lehendakari* Aguirre se estableció con su Gobierno en Cataluña, permaneciendo en Barcelona junto con otros destacados dirigentes y numerosos militantes del PNV hasta la caída de la ciudad, tras lo cual cruzó la frontera francesa en febrero de 1939, en compañía de Companys. Un buen número de militantes nacionalistas les siguió y combatió en otras unidades del Ejército Popular durante el resto del conflicto, particularmente en las Milicias Vascas que actuaron en el frente del Este.¹³⁷ Y Manuel de

¹³⁵ Vid. el testimonio de Luis Sansinenea, del batallón de ANV *Euzko Indarra*, en Ibarzabal, *50 años*, pp. 195-213.

¹³⁶ La historia del Pacto de Santoña es suficientemente conocida. Vid. De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico*, pp. 32-41.

¹³⁷ Con todo, el Gobierno de Negrín mostró reticencias hacia la configuración de unidades militares específicamente vascas, y el PNV intentó que sus combatientes sólo luchasen en el frente de Huesca, para aspirar desde allí a reconquistar Navarra y evitar que fuesen tropas más *extremistas* las que entrasen en una Euskadi *liberada* del invasor y causasen estragos. Vid. G. Arrien e I. Goigana, *El primer exilio de los vascos. Cataluña 1936-1939*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 2002; De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, *El péndulo*, p. 61.

Irujo afirmaba de modo explícito en diciembre de 1937 que defender los derechos a la libertad de Cataluña y el País Vasco, y la causa de la República, eran una misma cosa. Incluso llegó a declarar que la Patria y la República eran para «nosotros [los nacionalistas vascos] cosas idénticas»¹³⁸.

Empero, para la mayoría de los mandos intermedios y *gudaris* de a pie no había ya otra razón para tomar las armas que la libertad del País Vasco, causa que vieron perdida tras la caída de Bilbao y que contribuyó a que una amplia mayoría de ellos no tuviese ánimos para continuar empuñando las armas por otros territorios de la República o por la República en abstracto. También hubo, con todo, combatientes vascos de simpatías más o menos nacionalistas y diseminados en otras unidades del Ejército de la República, y cuyos sentimientos de lealtad nacional y política apuntaban una mayor complejidad. Como el capitán del vapor *Elcano* Ildefonso de Gaztañaga, quien escribía a Aguirre en octubre de 1936 felicitándole por su nombramiento y rematando su carta con sendos «Gora Euzkadi» y «Viva la República Federal Española»¹³⁹. O el comandante de una brigada de *gudaris* que combatía en 1938 en el frente de Aragón, García Miranda, quien afirmaba luchar por una idea única, el triunfo de la República, que llevaría aparejada la libertad de Euskadi.¹⁴⁰ La gestión de Aguirre al frente del Gobierno Vasco, su carisma y la eficaz acción de su administración en la ayuda a los refugiados tras la derrota también contribuyeron a acercar muchas voluntades de simpatizantes de partidos republicanos al nacionalismo vasco. Tal era el caso del republicano Siro F. de Retana, quien en marzo de 1939 confesaba al *lehendakari* su adhesión a los *jelkides* gracias a la política de guerra seguida por los nacionalistas:

No he militado en el Partido Nacionalista sino en el Partido Republicano. Pero hoy, ante el desarrollo de los acontecimientos (más se aprende en la vida que en los libros), mi identificación es absoluta con ustedes. Sus gestos durante la guerra les enaltecen ante el mundo.¹⁴¹

Y es que el doble patriotismo, de registrarse, se mantenía en un equilibrio sumamente inestable. Esto era así particularmente en tiempos de guerra, cuando las identidades complementarias variaban de jerarquía según las circunstancias y los avatares del enfrentamiento. Claro que para ello tenía que haber una base, un sentimiento previo de identidad republicana que se uniese a la patriótica periférica y que fuese susceptible de desarrollo,

¹³⁸ «M. Irujo, ministre de Justicia, fa declaracions», *La Humanitat*, 8.12.1937, pp. 1-2.

¹³⁹ Carta de Ildefonso de Gaztañaga a Aguirre, Cartagena, 2.10.1936, en AHNV, GE 27/1.

¹⁴⁰ «Arribaran a Euzkadi per Navarra...», *La Humanitat*, 20.1.1938, p. 4.

¹⁴¹ Carta de Siro F. de Retana a Aguirre, Ghétary, 7.3.1939, en AHNV, GE 378/3.

reactivación y mutación, hasta convertirse, como fue así en muchos casos, en un patriotismo afectivo, con referencias historicistas, étnicas y culturales. En ello jugaba un papel fundamental la experiencia bélica, la mitificación de la sangre y el sacrificio, el poseer un enemigo común.

Sin embargo, allí donde esa base previa de lealtades compartidas no existía —caso de muchos combatientes nacionalistas vascos—, la guerra no hacía sino potenciar el efecto contrario: el extrañamiento tanto de los *extranjeros* de enfrente como de los de *al lado*. Indirectamente, una prueba de esa constatación era la cierta decepción expresada por la revista *Gudari* por el hecho de que el catalanismo mayoritario no hubiese seguido el ejemplo del vasco en la reivindicación firme de sus derechos nacionales en tiempo de guerra.¹⁴² Mientras para el combatiente catalanista medio la guerra supuso una experiencia ambivalente, pero en todo caso una identificación sincera con la causa de la República en su conjunto, esto no fue así en medida comparable en el caso del *gudari*. La experiencia de la Guerra Civil contribuyó a definir y reforzar una cultura de guerra específica del nacionalismo vasco que se transmitió por vía familiar y halló un reflejo, una generación más tarde, en la mitificación de los combatientes nacionalistas de 1936-37 por parte del llamado *Movimiento de Liberación Nacional Vasco*. La *lucha armada* de ETA, cuyos militantes y muertos pasaron a ser definidos como nuevos *gudaris*, se veía así como una continuación de la lucha de los batallones nacionalistas durante la Guerra Civil.¹⁴³ Aspecto éste que conviene no olvidar al analizar los mecanismos simbólicos y rituales de conformación de una comunidad nacionalista radical alternativa a la nucleada por el PNV desde la década de 1970.

¹⁴² «Atención, Catalunya. ¿Has hecho algo por Euzkadi?», *Gudari*, 7.6.1937, n.º 11, s/p.

¹⁴³ Cf. algunas sugerencias en J. Zulaika, *Violencia vasca: Metáfora y sacramento*, Nerea, Madrid, 1990; I. Sáez de la Fuente, *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2002, y J. Casquete, *Agitando emociones. La apoteosis del héroe-mártir en el nacionalismo vasco radical*, Bakeaz, Bilbao, 2007 (Cuadernos Bakeaz, n.º 81), disponible en: http://pdf.escueladepaz.efaber.net/publication/full_text/86/CB81_maqueta_pdf.pdf.